

2^a H 23335
Enmendado
L. m
Cesb

PHAROS

Revista
REVISTA MENSUAL ILUSTRADA



MATILDE MORENO

Núm. 1 ————— ENERO 1912 ————— Año I

SUMARIO

- El descanso de nuestras primeras actrices.** Información gráfica. (Fotografías PHAROS, por Alfonso).
- Las vueltas de San Antón,** por **Pedro de Répide.**
- Poemas inéditos** de **Francisco Villaespesa.** (Fotografías Alfonso).
- Lo que no fué,** por **José Francés.** (Dibujos de Pellicer).
- El teatro chino.** Información gráfica, por **Emilio Sevilla.**
- El poeta Juan Maragall,** por **Jacinto Benavente.**
- Poesías de Maragall,** traducidas por **E. Marquina** y **L. Díez Canedo.**
- El señor Hastío,** por **Andrés González Blanco.** (Dibujos de Pellicer).
- Fortuny (su vida, sus obras),** por **Guillermo García Alix.**
- Aureliano de Bernete.** Necrología y retrato.
- Los afectos creados,** por **Ricardo Donoso-Cortés.** (Dibujos de Ramírez).
- El teatro en Madrid** (información gráfica de los estrenos desde el 15 de Diciembre al 19 de Enero), por **Trissotin** y **García del Castañar.**
- Del Escenario** (crítica de decorado, vestuario y atrezzo), por **Mambrino.**
- «El Alcázar de las Perlas»,** por **Francisco Villaespesa.** (Fragmentos de algunas escenas).
- Los malditos, los divinos** (funerales de un poeta), por **Dorio de Gadex.**
- El teatro en París** (información gráfica de los principales estrenos), por **Don Quichotte.**
- El principio de las velocidades** (ciencia aplicada), por el **Profesor Watson,** de Cambridge.
- Invocación** (soneto), por **Enrique Nieto de Molina.**
- Consultorio médico de PHAROS.**

♦ SUSCRIPCIÓN ♦

Trimestre 1,50 pts.

Semestre. 3,00 »

Año..... 5,00 »

PHAROS

Revista mensual ilustrada.

TEATROS ♦ ♦ ♦

LITERATURA ♦ ♦

BELLAS ARTES ♦

ACTUALIDADES ♦

Administración: Calle de HORTALEZA, núm. 24

SALUTACIÓN

Al público, á la prensa, á los artistas, á cuantos hablan ó entienden el idioma hermoso de Cervantes, nuestro cordial saludo.

Aparecemos hoy agrupados en torno de una enseña que simbolizó el progreso, el arte, la belleza. No tratamos de lanzar á la calle una revista más; no fiamos nuestro éxito en la explotación de malsanas curiosidades ni en la competencia imitadora de un buen negocio: cuantos periódicos existen en España distan mucho del nuestro.

Una ojeada á este primer número, nos relevaría de toda explicación sobre nuestros proyectos — no diremos programa, puesto que la palabra está harto desacreditada —; pero queremos dejar bien sentadas las bases de nuestro trabajo.

Dedicamos esta Revista á las Bellas Artes, su actualidad, sus cultivadores y cuanto con ellas pueda relacionarse, que es cuanto puede tener algún interés social en España y en el extranjero. El cultivo de las actualidades artísticas no ha de impedirnos hacer un hueco en nuestras páginas al arte del pasado, el arte clásico.

Seguros de la brillante inspiración que garantizan las firmas de nuestros notables colaboradores, podemos afirmar que las páginas de PHAROS serán, como los preciados mármoles de aquella isla, materia prima de obras de arte encantadoras, quizá de obras maestras, puesto que nos proponemos hacer desfilar por ellas á los mejores artistas y literatos del mundo civilizado.

No hemos de pretender que en PHAROS se levante la primera antorcha del arte, como en el de la Historia, en Alejandría, se levantó el primer faro del mundo; pero sí trataremos de que sea un foco más, todo lo espléndido y brillante posible. A ello tienden nuestros esfuerzos y desvelos, puestos al servicio de nuevas y bellas ideas; sólo esperamos, confiados, la ayuda, la cooperación indispensable del público para mantener el fuego sagrado del arte.

EL DESCANSO DE NUESTRAS PRIMERAS ACTRICES

Retraídas en absoluto de toda actividad teatral durante una ó varias temporadas y por causas diversas, las primeras actrices que figuran en esta información, permanecen alejadas de los públicos, pero en modo alguno olvidadas por ellos. Muy al contrario, todos los amantes del arte escénico, al hallar cada día los nombres y los retratos de las demás actrices que actúan este año, echan muy de menos á estas artistas prestigiosas, de las que nadie le habla y siente interés por tener alguna noticia de su descanso.

Al objeto de llenar este vacío, hemos realizado nuestra información, mediante la cual, la revista PHAROS se honra, naciendo al amparo de tan gloriosas madrinas.

María Tubau.

Al llegar á las puertas de la señora Tu-

bau el periodista encargado de saciar la curiosidad del público después de excitarla, conserva su recuerdo prestigioso,



D.^a MARÍA TUBAU, SU ESPOSO D. CEFERINO PALENCIA, SUS HIJOS Y EL DE ÉSTOS, EN EL COMEDOR DE SU CASA



HACIENDO LABOR EN SU GABINETE
(Junto á ella se ve el retrato de
su hijo menor.)

unido al de sus primeras aficiones dramáticas, de mero espectador y seguido, desde entonces, por tantas creaciones que en desfile heterogéneo llegan hasta las realidades de la vida actual. La señora Tubau es un timbre de honor para la escena española; unida en matrimonio á un ilustre autor como D. Ceferino Palencia, de tan probado talento y claro criterio, ambos han compartido constantemente la improba labor de organi-

zar y dirigir notables compañías, á las cuales dedica él entonces todo el tiempo que su trabajo de comediógrafo fecundo le deja disponible. El cronista no lo ignora, y por esta razón es doble su interés de penetrar en el sagrado de aquella mansión.

Poco después el recién llegado se apercibe de que ha sorprendido á la gran artista en su real y efectiva vida íntima; y precisamente rodeada por la familia, cuya presencia podría bastar á definir el des-



LEYENDO UNA OBRA TEATRAL CON SU ESPOSO

canso de María Tubau, ésta le recibe bondadosamente, mostrando una gran indulgencia para las imposiciones de la profesión que le llevan hasta su casa.

La entrada en materia es fácil; el que esto escribe no se encuentra en tal instante en presencia de una persona desconocida; antes bien, se hace la ilusión de hallar nuevamente á una antigua amistad, de conversar mano á mano con la personificación de todas sus creaciones de la escena, cuyas vidas y andanzas sabe de memoria desde hace mucho tiempo. Habla del objeto de la visita, del descanso que mantiene separadas del teatro figuras tan gloriosas y de una próxima actividad, que todos los amantes del buen arte desearían, de cuantos elementos constituyen realidades felices de la dramática española.

Con palabras de sencilla modestia, la insigne artista quiere declinar los justos encomios de su visitante, y le declara no tener aún señalado un límite al asueto de sus tareas artísticas.

— Lo mismo puede ser poco que mucho tiempo — añade —; las circunstancias que atraviesa el arte dramático en Madrid, ocupados todos los teatros — muy bien ocupados por cierto —, y las condiciones más que no me permiten actuar donde no tenga la facultad de elección y criterio como sólo se tiene en una compañía propia, y aun con empresa propia, quizá me mantengan algún tiempo en la inacción por lo que á nuestra capital se refiere.

— Hemos oído decir que los americanos serían los preferidos para presenciar su vuelta á la vida activa... — indica el periodista.

— Nada hay cierto aún — interviene el Sr. Palencia á este propósito —; sí que hemos recibido recientemente una oferta de Buenos Aires, y por cierto bastante ventajosa, pero no hemos resuelto nada

todavía, ni siquiera estamos inclinados á aceptar.

Dicho con más propiedad, la señora Tubau siempre está propicia á visitar la tierra argentina con preferencia á otra alguna de América; no en vano tiene allí á su hijo menor, que desempeña el cargo de vicecónsul de España en Buenos Aires, y ella cuenta entre sus ejecutorias la de madre amantísima. Pero la experiencia, que reúnen en este matrimonio dos existencias consagradas al teatro, y la personalidad artística de María Tubau, imponen sentar muchas premisas antes de formar juicio definitivo.

Sin embargo, el descanso que ha traído á esta información nombre tan valioso, resulta más ilusorio que real; su cátedra del Conservatorio, donde bajo sus consejos se educa para el arte una futura generación de actrices, lleva no poco tiempo y supone buena cantidad de trabajo para la ilustre dama.

— Trabajo ingrato — comenta ella con cierta amargura al hablar de su labor pedagógica.

A esta exclamación no puede menos de oponerse la protesta del que escribe, pues, aun desconociendo las razones en las cuales puede fundar la señora Tubau su pesimismo, sabe muy bien los envaneedores frutos alcanzados por ella en la enseñanza. ¿Cómo olvidar su educación artística, cuando tantas notables actrices proclaman por España y América las excelencias de su brillante escuela? ¿Cómo no rendir homenaje á la maestra que ha formado artistas como Rosario Pino y Nieves Suárez?... María Tubau habla de ellas y de todas con gran cariño, alabando sus méritos personales y relegando al silencio los suyos propios tan legítimos; no es la actriz que pasa por la escena sin dejar nada tras de sí más que el recuerdo; antes bien, nos ofrece el ejemplo de una artista generosa de su arte, que ha



LA SONRISA DE LA SEÑORITA MORENO

sabido hacerle extensivo á otras nuevas, una gloria histórica del teatro, que da forma á las glorias futuras.

La visita se encauza nuevamente por el camino más personal. El cronista inquiere la disposición que muestra la actriz para volver nuevamente á las tablas.

— Excelente — se apresura ella á contestar —; yo deseo ardientemente volver á mi elemento, el teatro; pero sólo volveré con mi pabellón de toda la vida, la alta comedia que, según todos saben, ha sido siempre mi mayor afición. Amo las

escenas de la vida actual; entiendo que las actrices de hoy no tenemos autoridad para trasladar al público los sentimientos, el lenguaje ni la indumentaria de otra edad; solamente en algún caso excepcional y atendiendo más á la comedia misma que á la verdad del personaje, he adoptado vestidos y tocados que no son los míos.

Y á una pregunta encaminada á conocer con exactitud los nombres de sus obras favoritas, la artista declara:

— Es muy difícil precisar...; cuantas he hecho las recuerdo con agrado; sin em-

bargo, no negaré que *La Corte de Napoleón* y *La Dama de las Camelias* me han dejado una memoria gratísima.

El visitante observa que su interlocutor ha excluido con exquisita delicadeza las producciones de su esposo, en tantas de las cuales tiene alcanzados halagadores triunfos. A una discreta investigación en este sentido, contesta ella con una sonrisa más discreta y una evasiva que no deja traslucir nada. Sin embargo, los recuerdos de su portentosa interpretación no engañan, y el cronista piensa, quizá acertadamente, en la protagonista dulce y apasionada, y delicadeza y amor, que Ceferino Palencia colocó en *La Charra*.

Su misión ha terminado, mejor dicho, la hace terminar al fin, porque se halla en las lindes ya del abuso. Y al despedirse, reconocido, de la gran actriz, lo hace con el sentimiento de quien dejase á la auténtica Margarita Gautier y á madame Sans Gêne, encontradas un instante en el tráfico de la vida.

Matilde Moreno.

Un lindo gabinete delicadamente alhajado con obras de arte y objetos antiguos; una marina de Martínez Abades, unas flores de Checa y un artístico retrato del ama de la casa ocupan los lugares preferentes de la habitación. He ahí la decoración que se ofrece á los ojos del visitante encuadrando la gentil silueta de la señorita Moreno, condescendiente á la imprevista entrevista.

Con su voz grata, flexible, que tan maravillosamente sabe interpretar los más bellos trozos de nuestra literatura dramática, va contestando con toda amplitud á las sucesivas preguntas, que, un legítimo prurito profesional



MATILDE MORENO AL APARECER EN LA PUERTA DE SU SALÓN

multiplica en los labios del cronista como si aquellas amables respuestas cayeran en un fondo insaciable de curiosidad.

¿No se ha preguntado muchas veces el habitual admirador de Matilde Moreno qué malhadada causa nos priva este año de su exquisito arte? Sus propias pala-

bras van á satisfacer tan lógico deseo de nuestros lectores.

—Contingencias de la profesión teatral—explica la bella actriz—. Nuestra vida, por su naturaleza, es azarosa y voluble, cada una de nuestras temporadas no puede hacer historia con la anterior. Por lo que á mí respecta, empicé el año

para buscar innovaciones en el cartel. Luego, circunstancias imprevistas, algún desacuerdo con la Empresa, han hecho lo demás, y aquí tiene usted el principal origen de mi retraimiento.

Retraimiento... Esta palabra suena á inverosímil pronunciada así, en absoluto, por Matilde Moreno. Una actriz de su

mérito puede separarse de un teatro, puede, por condiciones de organización, no figurar en otras compañías de Madrid, pero, ¿y los demás públicos? ¿y tantos escenarios de provincias, de América, donde tan deseada es como sería festejada la insigne actriz? Aquí aparece otra causa más dolorosa, que ella explica sencillamente. Una desgracia de familia, una pérdida irreparable, reciente aún al comenzar la temporada actual, y una grave enfermedad que retiene postrada á su hermana, han refrenado por este año los anhelos de trabajo y de glorias, naturales en una artista de temperamento, de verdadera é inquebrantable fe. Nuestra bella in-



LA SEÑORITA MORENO RECIBIENDO LA VISITA

último mis tareas en el Español á mitad de la temporada; aunando la buena voluntad de todos, se puede decir que aprovechamos cumplidamente aquella etapa, durante la cual hicimos obras como *La loca de la casa*, *Cuento de Abril*, *Un drama nuevo...*, es decir, que sacamos el posible partido de los horizontes ofrecidos por el repertorio, ya que era tarde

terlocutora nos ha ofrecido tan delicadamente, tan sobriamente esta nota de ternura, que durante un instante se traslucce á través de sus frases un exquisito corazón de mujer, como tantas veces hemos podido admirar el de la artista en la transparencia de su clara dicción.

Sin embargo, este retraimiento que se ha impuesto Matilde Moreno, durará poco;

sincera y espontáneamente lo manifiesta así á una indicación del cronista, hablando con verdadero gozo de reanudar sus tareas artísticas. No es solamente una necesidad que ella percibe de estudio y ejecución constantes; más íntimas y desinte-

ción, es casi seguro que en la temporada próxima vuelva á la actividad teatral.

—¿En Madrid?

Aquí toma de nuevo la palabra la actriz que tan admirable uso sabe hacer de ella:

—Tal sería mi deseo, las necesidades



MATILDE MORENO EN «POSSE» DE ENSAYO

resadas razones la mueven de entusiasmo por el arte, los triunfos de la escena, los aplausos, el público... ¡Qué halagüeño sería para este público conocer las palabras de gratitud que para él tienen los labios encantadores de Matilde! Por obra de ese entusiasmo, de esa honrada ambi-

del momento decidirán. Todavía nada tengo resuelto, pues aunque recibo muchas proposiciones de diversos sitios, me limito á escuchar sin comprometerme. Yo no he de ocultar mis deseos de hacer una excursión á América—añade—cuya tierra no piso desde mi tiempo de dama

joven en la compañía de Vico, quiero decir, desde los comienzos de mi carrera, más con preferencia á cualquier otra cosa, á todas las actrices españolas nos halaga actuar en Madrid.

Y al hacerla presente cuánto la recuerda el público en toda ocasión y doblemente al presenciar las obras interpretadas primero por ella, Matilde contradice con gentil modestia:

—No creo del todo en esa consecuencia del público. El inolvidable Antonio Vico dejó dicha á este propósito una frase que encierra todo un curso de filosofía teatral: «Ningún actor es preciso.» Y efectivamente, á nosotros se nos sustituye y apenas merecemos del espectador una comparación más ó menos cartitativa de nuestro físico ó de nuestro timbre de voz con los del actor nuevo.

Á pesar de esta injusta experiencia de artista viejo que acaba de evocar sentenciosamente, la bella actriz sabe muy bien cuán difícil es la lucha con un recuerdo glorioso y sobre todo cuando este recuerdo es tan reciente; sus creaciones dramáticas tienen en la memoria del público una consistencia que no sospecha quizá ella misma.

Luego se impone hablar de sus géneros favoritos, manifestándose decidida entusiasta de la comedia de costumbres contemporáneas que hoy simboliza el gran Benavente. Estos caracteres son los que más íntimamente se compenetran con sus sentimientos, y, por lo tanto, es en ellos donde fruto más productivo obtiene de su estudio. Tanto es así, que al final de la temporada anterior Matilde Moreno contaba ya con promesas fehacientes de nuevas producciones por parte de los mejores autores, cuando vinieron las aludidas circunstancias á modificar la orientación que ella se había imaginado para la actual campaña, imponiéndole este descanso no obstante los

solicitos requerimientos de la empresa.

—Descanso decididamente corto...—insinúa el cronista.

—Desde luego—promete ella—; yo no puedo descansar más: no vivo en mí lejos del teatro.

La charla ingenua, deliciosa, de la señorita Moreno hace perder al cronista la noción del tiempo. Sin embargo, recuerda oportunamente que tiene un reloj y éste le recuerda á su vez que lleva una hora entrevistando á la amable actriz. Ya es mucha interviú y mucha amabilidad. Ha llegado el instante de ceder el puesto al fotógrafo, y he ahí, lector, lo que al objetivo dice la grácil figura de Matilde Moreno.

Rosario Pino.

La hermosa comedianta que ha dado vida á las protagonistas de las más bellas obras del teatro español contemporáneo, es también, fuera de la escena, un prodigio de gracia y de expresión.

El cronista encargado de llevar á cabo esta información, la ha sorprendido en pleno ensayo de repertorio nuevo con la compañía recién formada y de la cual va seguramente á hablarle ella. En el comienzo de la conferencia, Rosario Pino se muestra desorientada, cree que nada puede decir que le interese, y, sin embargo, tantas cosas espera oír el visitante...

Ciertamente, el que esto escribe no ha llevado un cuestionario escrito para someter á laborioso interrogatorio la condescendencia de la gran artista. Sus pretensiones más modestas se reducen á saber algo de su descanso, de sus ocupaciones, de sus proyectos.

— ¡Ah, muy sencillo! Yo soy una mujer consecuente hasta los últimos grados; razones particulares me indujeron á asignarme un asueto de dos años, y todos ustedes pueden ver que lo he realizado cumplidamente. Hace ese tiempo actué en el

Español con Thuillier durante la primera etapa de la temporada; por lo que á la pasada respecta, sólo tres funciones en el Español y alguna suelta de carácter benéfico, han turbado este reposo, del que me encuentro satisfecha. Y ahora, al expirar este plazo, acabo de formar una compañía, con la que me propongo realizar una tournée por algunas provin-

— ¡Usted, Rosario Pino!

— Yo misma, no le quepa á usted duda. Ya no quiero contratarme en ningún sitio; yo necesito hoy un teatro mío, en donde poder agrupar á los de mi confianza y donde elegir repertorio. Y como puede usted apreciar, ese teatro no puedo hoy hallarle en Madrid.

Al hacerla notar que hoy, más que nun-



LA COMPAÑÍA DE ROSARIO PINO

cias de España y capitales de América.

Al llegar á este punto, el cronista siente una comezón en su amor propio nacional y local, tomando la palabra para recordarla el gran cariño que la une á nuestro público madrileño.

— Ah, sí. Yo llevo en el corazón al público de Madrid; ha sido el mío y á él le debo todo, pero una imposición de fuerza mayor me obliga á dejarle; yo no tengo teatro en Madrid.

ca, necesitamos de primeras actrices, la señora Pino asiente convencida, manifestando su opinión de que en sólo un teatro de la corte se halla suficientemente lleno dicho lugar.

— El caso es — termina — que mi compañía no ha encontrado cabida en Madrid.

— De modo que actualmente...

Actualmente Rosario Pino proyecta una excursión á Valencia, donde piensa debutar en breve.

Como se ve, oportunamente hemos acudido en su busca, si había de tener cabida aún en esta información del descanso.

Luego irá á Zaragoza y después á Lisboa, donde se propone dar á conocer el teatro de Benavente y los Quintero, que hasta ahora desconocen por aquella capital revolucionaria.

Desde Lisboa, Rosario y su compañía emigrarán á América, seguros de que no van con ellos las enseñanzas que sienta Rusiñol en *El Indiano*.

Novedades teatrales no faltan en el bagaje de la gran actriz. Estrenos de Benavente, los hermanos Quintero, Francisco Villaespesa y Linares, amén de unas traducciones del francés, en las que Rosario funda grandes esperanzas.

— ¿Será larga la tournée de América? — inquiere el cronista.

— Larguísima — responde ella subrayando con los ojos el superlativo —, tanto como podamos prolongarla.

La respuesta inquieta un poco al visi-



ROSARIO PINO EN LA EMBOCADURA DEL ESCENARIO DE PRICE... RECONSTITUYENDO UNA ESCENA CON ECHAIDE

El nombre de la Pino es un estandarte de éxito seguro, sobre todo cuando á su alrededor se agrupan otras figuras ventajosamente conocidas de la escena española; y la bella actriz tiene un elogio para cada uno de sus artistas al nombrarlos en una breve enumeración: Concha y Adela Robles, Anita Martos, Rafael Calvo, Echaide y otros que el cronista se pierde por una auténtica insuficiencia de memoria.

tante, pues si el regreso de nuestra artista sólo depende ya del público americano, van á pasar muchos siglos antes de que la recobremos. Y las dudas de su respuesta se disipan con una nueva pregunta.

— ¿Más proyectos? Si no tengo más...

Por ahora la tournée de América, y luego nada, ni una sola función; tengo resuelto dejar el teatro definitivamente.

— Pero...

— Sí, señor, en absoluto. Aquí no se

sorprende la buena fe del público: digo que me retiro cuando vuelva de allá y no hay otra. Desde aquel momento no vuelvo á mostrarme á nadie como no sea en mi casa y á mis visitas.

Sin embargo, Rosario Pino tiene muchas simpatías y siente no pocas hacia los públicos para abandonarles sin un acto de despedida. Aun después de su vuelta de América se impone á sí misma una breve temporada que significará su adiós á la escena española, cuenta despedirse como una niña bien enseñada de todos sus admiradores.

— Entonces en Madrid...

— Si hallo donde hacerlo, yo no deseo otra cosa. Proporcionenme usted teatro.

Resulta de un atroz humorismo, de una atroz ironía oír suspirar por un escenario á la que es una gloria de nuestra comedia. El cronista piensa en una suscripción pública, en una moción popular al Ayuntamiento reclamando el teatro Español para despedir á la gran artista;

cualquier cosa antes que dejarla retirarse á la vida privada sin honores, como una huída..

— Esto no tiene arreglo — dice alguien sentenciosamente — como no fallezca ó renuncie al negocio en Madrid cualquier empresario.

La risa franca, risa cristalina de la notable actriz, comenta la idea.

— El visitante juzga llegado el momento de restituirla á su ensayo. Puesto ya en pie y para cerrar la conferencia, indaga de su interlocutora la nota sensacional, una declaración interesante, algo que produzca la ansiada impresión al leerlo el público en las páginas de nuestra revista.

— ¿Cosas interesantes? — exclama ella con la más admirada de sus sonrisas —. Ya ha oído usted al principio: no sé qué decirle.

Fracaso del cronista. Rosario no posee hoy nada sensacional más que sus ojos.

R.



LAS VUELTAS DE S. ANTON



Ninguna de cuantas fiestas populares celebra nuestra villa, ofrece como ésta el atractivo de abrir las puertas del año que comienza al bureo y á la alegría, siquiera no sea tan culta como pudiéramos predicar. PEDRO DE RÉPIDE, el inimitable cantor de las costumbres madrileñas, aporta en su notable crónica interesantes datos acerca de su historia, de sus orígenes y de los nombres eminentes que para siempre quedarán unidos á ella.

Andarse á ruar por la calle de Hortaleza el 17 de Enero, es el alfa de las efemérides de jácara y regodeo, que cuenta para su regocijo de todos los años la ínclita majeza de nuestra villa cortesana. El omega de esos holgorios es la visita á la Plaza Mayor, donde se apresta una cristiandad á festejar el nacimiento del Redentor con tan grosero y capital pecado como el de la gula. La cristiandad menuda, honra, por su inocencia y sus costumbres, de las homilias de un D. Juan de Zavaleta, asiste alborozada en día tal á la plaza de Santa Cruz, donde por los portillos de los sentidos alegría sus almas la visión de una varía y diminuta imaginaria.

Contando de romería en romería, la cuenta sale de San Antón á San Eugenio. Entre dar por la calle de Hortaleza las clásicas vueltas, y merendar en El Pardo el día de la fiesta bellotera, el mantón de Manila tiene unas cuantas ocasiones señaladas de salir á admiración de los públicos y envidia de las amigas, en razones tradicionales, á más de las exhibicio-

nes extraordinarias de los días de toros y de la boda de rumbo ó el bautizo de trapío.

Sale el pañuelo chinesco, bien de la cómoda donde se guarda como una alhaja de familia, bien de manos de la preñada ó fiadora conocida, si no surge de los sombríos arcanos de la casa de empeño de la esquina, y por primera vez en el año adorna el coche ó ciñe el cuerpo de la madrileña de casta, para pasar entre el colegio de los Escolapios y el convento de las recogidas de Santa María Magdalena. Guárdase luego hasta el Miércoles de Ceniza, en que baja á celebrar el entierro de la sardina, ahora en la Pradera del Corregidor, como hasta hace dos años entre las frondas del Canal, y no vuelve á la luz sino cuando en la madrugada del Viernes Santo acude á la Cara de Dios. No se guarda, porque es menester lucirlo dos días después, el domingo de Pascua, en la capota de la manuela, como de la calesa en otro tiempo, y luego en la delantera de la grada. Y desde entonces, ya no reposa el pañolón,

que ha de llevarse á la Pradera el día de San Isidro y á la Florida la noche de San Antonio.

El uso ha suprimido la romería de Santiago el Verde, en el Sotillo, el día 1.º de Mayo por la mañana, fiesta en que, so color de devoción cristiana, resucitaba el paganismo para saludar el advenimiento de la primavera rediviva, y dióse también por fenecida la fiesta del Trapillo, que el día de San Marcos, 25 de Abril, despoblaba Madrid por la puerta de Fuencarral, camino de la ermita del santo, y cuyo campo, como si la advocación del bienaventurado influyera en ello, era teatro de escenas que envidiara el numen de Bocaccio.

El Corpus y San Antonio de la Florida inician la época espléndida en que triunfa la majeza del mantón manillesco y manolesco. Las vísperas celebradas de San Juan y de San Pedro, las verbenas del Carmen y de Santiago, las noches de San Cayetano, de San Lorenzo y de la Paloma. Entonces la algazara verbenera se calla, y espera el último día de su reinado, bajo las encinas de El Pardo, en las melancolías de una tarde otoñal.

Por eso el día de San Antón es una fecha inicial de alegría en el alegre pueblo mantuano. Las manolas más manolas del Avapies, no desdeñaron en los días de más cruel contienda con la chispería de la corte, el llegar en son de fiesta fraternal al corazón del barrio chisperesco de San Antón y del Barquillo. Hoy, que ya no existen los bandos del Avapies, ni es de temer la venganza del *Zurdillo*; hoy, que reinan la paz y el beneficio de la cordialidad mayor entre los príncipes cristianos de Embaiadores y de Maravillas, pasean con igual imperio la calle de Hortaleza las mozas más garridas de Monte León y las hembras más soberanas que se crían entre los dos campillos, el de Gilimón y el de Manuela.

Los majos caracolean en sus caballos engalanados, con las crines trenzadas y tejidas como atauja las copiosas colas. Los jinetes van con un lujo de abolengo, y, quien puede, deja la chaqueta de coderas de diestro garrochista, para ostentar con garbo la corta chaqueta de terciopelo carmesí con los alamares de seda ó los caireles de áurea filigrana. Muerto el gracioso calañés, reina todavía sobre las cabezas el redondo pavero, nieto del castoreño de otra edad.

Era un tiempo cuando hallábase en los arrabales, y aun como finca lejana, la quinta del conde de Vocingüera de Arcos, que estaba donde luego hubo de alzarse, en el siglo XVIII, el palacio del conde de Aranda, y hoy hállase emplazado el Tribunal de Cuentas, aquella quinta donde el príncipe D. Carlos acudía como á paraje secreto y apartado para avistarse con gentes de Flandes, en menoscabo de la autoridad de su padre el monarca D. Felipe. Y como lugar casi campestre, los terrenos del condestable don Bernardino Fernández de Velasco, duque de Frías, que llegaban desde donde es hoy el paseo de Recoletos hasta la calle de Hortaleza. De los duques de Frías era, y portal de sus cocheras, el zaguán con una imagen de la Virgen, que aun se conserva y se conoce como el Arco de Santa María. Eran, pues, lugares poco menos que desiertos aquellos que lindaban con los caminos de Fuencarral y de Hortaleza, y así hubo de acontecer que, en ocasión de cierta epidemia, peste ó pestilencia que entonces se decía, se utilizase un lugar en las cercanías del segundo de esos senderos para el establecimiento de un lazareto que apartase de la villa á los infortunados elegidos por el mal. Era el año 1600, y aún existía el lazareto abandonado, por lo que consagróse á otro menester saludable, como el de hacerle asilo para los pacientes de fuego usagroso y



LOS HEREDEROS DE LOS MAJOS

En la clásica fiesta de San Antón, la moderna chulería conserva viva la tradición de la cebada bendita para las cabalgaduras y de las rondas tan repetidas del morapio para los jinetes.

de lamparones, que habían de curarse solos por no tener á mano la del rey de Francia, á quien venía de casta gracia para curar esas lacerias.

Íbase haciendo calle lo que hasta entonces no pasó de camino de Hortaleza, y el viejo lazareto fué donado á la comunidad de clérigos regulares de las Escuelas Pías, quienes luego que tuvieron bienes para ello, y no fué poca parte en su ayuda cierta limosna de un señor opulento y poderoso con tantos doblones como piedad, y que se llamaba D. Fermín de Vicuña, dispusieron á edificar de nuevo, alzando un templo que había de consagrarse á la Asunción de la Virgen, y la casa conveniente para un colegio calasancio. Entretanto habíase construído enfrente, y llegando hasta la calle que se llamaba de San Antón, y hoy se denomina de Pelayo, otro muy piadoso, ejemplar y edificante beaterio que traía su origen del recogimiento de mujeres arrepentidas que hubo de establecerse en el

Hospital de Peregrinos, y al quedar sin uso esta fundación en 1587, dispuso el presidente del Consejo de Castilla, don Francisco de Contreras, que fuesen puestas las conversas bajo la protección del Consejo mismo, y se las labrara vivienda en la calle de Hortaleza, adonde con el nombre de Casa Real de Santa María Magdalena, de mujeres arrepentidas (vulgo recogidas), instaláronse el día 10 de Mayo de 1623.

Fué bastante después, el 12 de Junio de 1755, cuando fundaron su colegio los escolapios, y posteriormente cuando dieron á su escuela el nombre de San Antonio Abad. Y con ello respetaron dos tradiciones, porque la advocación del eremita fué la que llevaba el lazareto primitivo, y como en ocasión de aquella epidemia hubo de celebrarse su desaparición, con una ceremonia que parecía de fraternidad franciscana, mezclada con algo de exorcismo, y consistía en una bendición á los frutos y á las bestias, que-

daron desde entonces los clérigos escolapios en la práctica, entre devota y pagana, que verificada en el día del santo patrón del colegio había de convertirse en asunto de tradición y derivar en romería.

No es, por lo tanto, de las costumbres más añejas de Madrid esta del 17 de Enero, que carece del prestigio secular de otras como la ya citada de la Cara de Dios, originaria del siglo xvi, cuando el cardenal Homodei, habiendo obtenido del Papa licencia para escoger la reliquia que quisiera de cuantas poseía el Pontífice, hubo de escoger el sagrado lienzo de la Verónica y regalárselo á su vez á su hermano D. Carlos, Príncipe-Pío de Saboya, y casado con doña Catalina de Monra, hija del primer marqués de Castel-Rodrigo.

Fué, por lo tanto, á fines del siglo xviii cuando arraigóse la costumbre de ir el día de San Antón á pasear bestias y personas, unas y otras con los más espléndidos atavíos, delante de la escuela calasanciana, y dando tema para sus epigramas á un clérigo viejecillo que se asomaba tras una reja de la rectoral del convento frontero.

Acudían á participar de su plática, de su ingenio y de los dulces y sabrosos panecillos del santo que las enclaustradas elaboraban con maestría singular, unos cuantos caballeros, viejecitos también, que eran, el uno, consejero de In-

dias y había sido intendente en Nueva España ó secretario del virrey en Santa Fe. El otro, eclesiástico, que estudió en Salamanca con el capellán de la casa y cultivó con él la amistad de D. José Iglesias. No faltaría el covachuelista de Hacienda, ni un honrado drogrero de la calle de las Carretas.

Y aquellos buenos viejos repartían su tiempo entre el chocolate, las rabillas con montañas de dulces y la tabaquera del consejero que andaba de mano en mano, porque su dueño pedía que hicieran la merced de probar aquel polvo de rapé que le mandaban de Yucatán. Y entretanto había el comentario para el majo jinete que pasaba, para el mozo de mulas que traía á bendecir las de su posada, para la dama que cruzaba del brazo de su petimetre haciendo visajes y oliendo el pomo de vinagrillo de los cuatro ladrones. Y el grito del usía que sentía oscilar su medio queso al embate de una cáscara de naranja lanzada con magnífico desen-



LOS QUE SE DIVIERTEN

Una chistera deformada, una guitarra y un burro para cuatro ó cinco, son elemento necesarios y suficientes para una juerga que suele acabar con la intervención de los corchetes.

fado por mano de Manola, desde una calesa que la sirve de trono.

Y los viejos dicen al capellán:

— Vamos, D. Francisco, que ya nos dará usted el regalo de un epigrama.

— Ya, ya — contesta D. Francisco — para que lo cuenten luego en la tertulia del señor Príncipe de la Paz, y digan que no tengo formalidad ninguna.

— Pues poco que se rió Su Alteza Serenísima con la pintura que hace usted de la calle de San Antón. Ya, ya se ve que está tomada del natural. Y el rey se sabe algunas de las coplas que ha sacado usted á las veletas de Madrid, y las celebra mucho.

— Favor que me dispensa Su Majestad. Ayer me llenó de confusión en plena calle de Alcalá. Venían por allá los reyes y yo pasaba por delante del Carmen Calzado. Con que reparando en mí, hubo de decir á mi hermano, que es de su guardia, como ustedes saben, y cabalgaba cerca de, él, que si yo era yo. Y el otro le contestó: — Sí, señor, es mi hermano Paco, el poeta. Con que el rey mandó parar su comitiva y me obligó á acercarme.

— Y le abrazó á usted y estuvo charlando un rato. Nos lo dijeron en la botillería. El soberano es el natural mecenas de nuestros ingenios.

Y volvían á sus pláticas, y á sus dulces, y á su chocolate, y á su rapé, hasta que arrancaban un epigrama al gran improvisador que les agasajaba, y que no era otro sino el ingenioso y preclaro poeta, gala del hispano parnaso, D. Francisco

Gregorio de Salas, capellán de la Casa Real de Santa María Magdalena.

Y al terminarse con la luz de la tarde el paseo que se llamaba de las vueltas de San Antón, ardía la algazara en las chisperías del contorno y casas de tronío del barrio, en el cual ostentaba su tráfago la de Tócame Roque, océano revuelto, pandemonium terrible para ministriles y aun para alcaldes de corte. Armábanse fandangos con el candil por luminaria, iluminábanse por dentro las gentes del concurso con linternas de Arganda, y cuando llegaba la hora de las tinieblas era precisamente cuando acabábase el holgorio con farolazos de lo grueso y culebrazos de lo fino.

Y aun era vez en que pasado el susto y tomado el de Lucena á ser el sol del aposento, hubiese novios que se quisiesen más que antes del apagón, y tras un espanto casi bíblico de escarmientos y de mercedes, rasgueaban las vihuelas y punteaban seguidillas manchegas para que rabiasen las boleras.

Es la corte la mapa
de ambas Castillas
y la flor de la corte
las maravillas.

Anda moreno,
que no hay cosa en el mundo
como tu pelo.

Y si hubo pecadillo de por medio, con irse al otro día á besar la estameña de la beata Clara, ya estaban las almas del otro lado.

PEDRO DE RÉPIDE.



POEMAS INÉDITOS

GENICIENTA

Levemente,
suavemente
te presiento,
como un vago pensamiento
que se siente
y no se vé...
Cenicienta, ¿dónde has ido?
En mis manos sólo queda
— oro y seda—
un girón de tu vestido
y la leve zapatilla de tu pie...
Dónde fuiste, sombra... bruma...
flor de espuma?
Y el silencio me responde:
— No sé dónde,
para siempre ya se fué!

MADRIGAL

¡Siempre suspirando
rosa carmesí,
siempre suspirando...
y siempre por tí!

Te vieron mis ojos
un amanecer...
¡Te vieron mis ojos...
y no han vuelto á ver!

¡Fuentecita clara,
déjame saciar
en tu linfa clara
esta sed de amar!

Corderito ciego
que huele tu pie...
¡Como estoy tan ciego
nunca te veré!

¡Siento tu perfume,
rosa carmesí,
siento tu perfume
sin hallarte á til...

¡Extiendo las manos
buscando el rosal;
mas en vez de rosas
me hiere un zarzall!



NUPCIAL

Nevada la luna
alumbra tu puerta.
— No es la luna. Es
mi amada que entra.
— ¿Qué nardos derraman
su olor en el viento?
— Mi amada que abre
la flor de sus senos.
— ¿Qué ruiñeñor llora?
— No es un ruiñeñor...
La voz de mi amada
que me dice adiós!

FRANCISCO VILLAESPESA.

LO QUE NO FUÉ

I

Clara cerró de golpe el balcón. En el hondo silencio de la casa dormida sonaron violentos los cristales, chirrió la falleba, tuvieron un ruido seco las maderas.

Y cuando comprendió que él no podía verla desde la calle, escuchó anhelante oprimiéndose el corazón, que le golpeaba el pecho.

—¡Clara! ¡Clara!

En el estrecho callejón solitario sonaba la voz de su novio. Después el silbido, aquel silbido romántico que la llevaba al balcón todas las noches.

Clara sonrió.

Luis se humillaría, renunciaría á sus propósitos locos y aventureros.

Escuchó de nuevo, esperando oír otra vez su nombre para abrir el balcón.

Pero Luis no volvió á llamarla.

Todo en torno de Clara adquiriría una suprema desolación de silencio y de obscuridad.

¿Se habría marchado?

Muy despacio, latiéndole más que nunca el corazón, abrió primero las maderas, levantó uno de los visillos, abrió al fin el balcón y asomó la cabeza.

Nadie. Á un lado y á otro, buscaba otras calles la estrechez solitaria del callejón; las casas fronterizas, viejas y

cerradas, tenían muda hostilidad. Arriba, el cielo negro, sin un brillo, sin una leve palpitación de luz.



Clara sintió oprimido el pecho y deseos inevitables de llorar. Allí mismo, cerca del balcón, en una de las butaquitas de cretona, en la que se sentaba á coser por las tardes esperando á que pasara la silueta gallarda de Luis la acera de enfrente, lloró con infinito desconsuelo, con grandes suspiros que la libraban de ahogarse, con una desesperación inconsolable.

Por el balcón abierto entraba la fría calma de la noche septembrina. Dentro de la casa, los padres, la criada, dormían insensibles, ajenos al dolor de Clara.

Ella comprendía instintivamente que se había cumplido algo definitivo y rotundo en su vida mansa y gris de señorita madrileña.

Luis Olmedo, el novio encontrado un año antes entre los bombardinos, las cadenetitas de colores y los vasos de limón de una *Kermesse*, había decidido ser actor.

¡Ser cómico! Para Clarita, con veinte años de clase media, de privaciones, de padre empleado y pobre á fuerza de honradez, aquello de «ser cómico» sonaba á locura, á vagabundaje, á vicio.

Al principio creyó que las representaciones mensuales de la sociedad *Arte teatral* bastarían á contentar la inclinación dramática de su novio. Luis Olmedo era el galán del cuadro artístico, y en aquellas dulces y cándidas *matinées* del teatro de la Comedia, donde iban las muchachas de obrador, las hijas de empleados y comerciantes modestos, las porteras y lavanderas de las casas respectivas, obtenía muchos aplausos. Luego, en la misma Contaduría, el padre de Clara, — que formaba parte de la junta directiva, y había escrito cuando joven en *La Voz del Contribuyente*, de Lérida —, redactaba una entusiástica noticia de la función, con grandes elogios á Luis Olmedo, «aventajado joven que, sin abandonar sus pro-

gresos en la carrera mercantil, hacía visibles progresos en el arte de Talía».

Pero nada más. Luis Olmedo seguía asistiendo á una Academia preparatoria, y á pesar de algunas pequeñas discusiones entre los novios por si el galán fué demasiado expresivo con la dama en la función del mes de marzo, correspondiente á febrero, Clara soñaba con la vida futura, plácida y honesta, como la de sus padres.

Y súbitamente, á mediados de septiembre, Luis le confesó á su novia que no pensaba seguir estudiando y que iba á formar parte de una «compañía de verdad»; que estaba dispuesto á ser actor.

Clara sintió acudir á sus mejillas morenas y cálidas, como las de Sulamita, toda su pobre sangre de anémica, en un orgulloso rubor de la raza burocrática, y le dijo á Luis que no se lo consentía.

No eran, sin embargo, de orgullo las palabras de Clara. Eran también de amor. Su amor humilde y casto de futura esposa, que presentía el «horrendo vicio y la desenfrenada crápula» — según don Pablo, padre de la muchacha — de entre bastidores.

Clara pensaba en las actrices, en esas mujeres excepcionales y enjoyecidas que se asoman á las portadas de los semanarios y que «son como hechas de luz y de besos, en una lánguida fiebre de jardín al mediodía», según *Jazminito*, encargado de la crónica en el Boletín mensual de la Sociedad.

Luis Olmedo rogó, suplicó, intentó convencer á su novia. Pero ella no quiso ceder. Antes le consentía ser ladrón, salteador de caminos, donde sólo tendría que luchar con la policía y la guardia civil, pero no con esas «tías desvergonzadas», según doña Fermina, madre de la muchacha.

Sonaban á intervalos las horas y las medias horas de la noche. En sombra la

calle, en muerto silencio la casa. Clara seguía llorando...

II

Una noche llegó don Carlos Sánchez más temprano que de costumbre. Era á primeros de mes; en la mesa había varios postres, y no se abría la puerta sin previos cuchicheos y sigilosas miradas por el ventanillo.

—Vamos, pronto; á vestirse: traigo un palco segundopara el Español.

Clarita y Mercedes, las dos hijas de Clara se echaron á reir y buscaron un periódico para ver la función de la noche.

Era el debut de Luis Olmedo. El gran actor volvía de América triunfador y rico, en la plenitud de sus facultades. Días antes le anunciaron enormes y anchas bandas de colores en las esquinas y las vallas de los solares; se asomó su mirada buida y penetrante, la griega severidad trágica de su rostro á las portadas de los semanarios; los periódicos publicaron largos y encomiásticos artículos acerca de él, y Madrid fué suyo aún antes de oirle y de verle en el escenario.

Clara sintió durante aquel tiempo una amarga inquietud, un cruel desasosiego que la robaba el sueño en profundos ensimismamientos. Pero nunca fué tan hondo, penetró y se clavó tan agudo y firme el recuerdo, como al oir en labios de su hija el nombre de Luis Olmedo...

Luego, mientras se vestían, ella pensó por un momento no ir al teatro, fingirse enferma, mentir en la carne lo que sufría en el alma: pero no pudo.

Inconscientemente, viéndose en el espejo aviejada y gorda, pensó en su juventud florida y en aquel hombre que veinte años antes la habló de amor con el mismo acento cálido y suave que había de hablar á las multitudes.

Pasó su vida oscura y triste, casada con Carlos Sánchez, empleado en el Tri-



bunal de Cuentas, una vida incolora, vulgar, distinta de aquella giróvaga y luminosa de Luis Olmedo.

Y ahora, de pronto, iba á encontrarse frente á frente de él, á oirle...

—¡Pero, mamá, que es muy tarde!

Sus dos hijas entraron fragantes y perfumadas, con sus galas domingueras, los rostros juveniles blanqueados con polvos baratos.

—Sí, sí... Tenéis razón... Que saquen la cena...

Clara no cenó, no podía cenar. Sus hijas charlaban acerca del actor.

—Y dicen que es muy guapo.

—Un poco viejo...

—Pues, hija, en ese retrato que trae el periódico no lo parece...

—Será de hace mucho tiempo—intervino don Carlos—. Olmedo no es ya ningún niño. Además, dicen que ha vivido muy deprisa. La vida de teatro es terrible... Pero, tú, Clara, ¿no tomas más patatas?

No. Clara no tomaba más patatas. Pensaba en una noche lejana de septiembre que abrió tarde el balcón.

Y cuando horas después en el teatro, escuchando la inmensa, la desbordada, ovación del público á aquel hombre maravilloso y siempre galán á pesar de sus

cuarenta y tres años, pensó, angustiosamente, desoladamente, con una melancólica resignación, en las vidas que pudieron ser gemelas y que tan separadas y distintas estaban.

III

Aún no muy alto el sol y suave de calor la mañana sacaron á abuelita Clara al jardín.

Una verja alta separaba el jardín de la playa. Hasta el frondoso rumor de los árboles llegaba la eterna canturía de las olas, y á todo el cielo amplio y azul del sur daba su luz fecunda.



La nieta se detuvo.

—¿Aquí, abuelita?

—Sí, aquí.

Desde la sombra de los árboles se veían centelleos de sol en el mar.

Doña Clara y su nieta se sentaron en un banco. Doña Clara, viejecita, rugosa, tenía, sin embargo, una extraña faz juvenil en los ojos y una inexplicable tersura en las manos, á las que llegaron un poco tarde las joyas. Clara, la nieta, era rubia y pulida, de una elegante gracia de niña rica.

—¿Estás bien, abuelita?

—Sí; estoy bien, muy bien, hija mía.

Detrás de ellas se alzaba la chata blancura del hotel con presencias y altiveces de palacio.

Clara, en su vejez, tenía una paz y un lujo que nunca había soñado tener. Su hija mayor se había casado con un hombre bien instalado en la vida y lleno de ambición y de suerte.

—Da gusto ver el mar, ¿verdad, abuelita?

—Sí, hija mía...

Hablaban á largas pausas, gozando inconscientes del encanto de la hora y de la infinita quietud. En doña Clara se habían dormido los deseos, en Clarita no se habían despertado aún.

En el aire diáfano y plácido de la mañana vibraba la luz y sonaba el manso estruendo del mar. Era el ambiente y la serena elegancia aristocrática de esos modernos grabados alemanes que una tarde de lluvia y de invierno nos hacen soñar con la bondad desde el escaparate de una tienda artística, en plena fiebre ciudadana.

La nieta empezó á hojear una ilustración. Bajo sus manos de dedos largos y blancos, bajo la verde mirada de sus pupilas, iban pasando las hojas charoladas, los hombres y las escenas contemporáneas.

Doña Clara torcía un poco la cabeza para mirar también.

—¿Qué es eso, hija mía?

—Unas fotografías del concurso de aeroplanos en Italia.

—¡Ah!

Las olas morían dulcemente al otro lado de la verja, tornando moreno el oro soleado de la playa.

—¿Y eso?

—El presidente de la República francesa en Alemania...

—¡Ah! Y como llovía, ¿verdad?

En lo alto, ocultos en la espesa frondosidad de los árboles, había gorjeos de pájaros.

—Mira, abuelita, que guapa es esta mujer.

—¿A ver?

Se puso las gafas.

—Muy guapa.

—Es Emma Cantini: una tiple.

—¡Ah! ¿Y ese?

—¿Este? Luis Olmedo, un actor que ha muerto...

—A ver, me suena ese nombre.

—Sí, abuelita. Es un actor muy viejo que ha muerto en un asilo... Hacía ya muchos años que no trabajaba y le recogieron de la calle. Iba pidiendo limosna. Lo contó el otro día papá en la mesa.

—¿Sí? No me fijé. Olmedo... Olmedo... A mí me suena ese nombre.

Clara se echó á reír.

—Ya lo creo. Será contemporáneo tuyo... Mira aquí está de joven.

Doña Clara cogió el periódico. Fué como un súbito deslumbramiento. Allí, junto al retrato doloroso, cruel, del viejo miserable con trazas de mendigo, estaba el Olmedo joven con toda la varonil arrogancia de sus años moceriles. Los dos retratos tenían la pesimista desesperación de un salmo bíblico. Toda la amargura, la desencatada poesía del *Eclesiastes*, surgía como un aroma, como

una imprecación de las páginas de la revista.

Doña Clara sintió por tercera y última vez en su vida la honda emoción de lo posible, de lo que pudo ser y no fué.

¡Lejana aquella noche de otoño en que no quiso unir su vida á la vida loca y aventurera del actor, lejana la noche de invierno en que se arrepintió de no ha-

berla unido cuando le viera en pleno triunfo.

Y ahora, en la suave mañana de esto, feliz, esperando tranquila á la muerte desde su bienestar actual, sufría algo que, sin ser egoísmo, no era tampoco remordimiento.

José FRANCÉS.





EL TEATRO CHINO

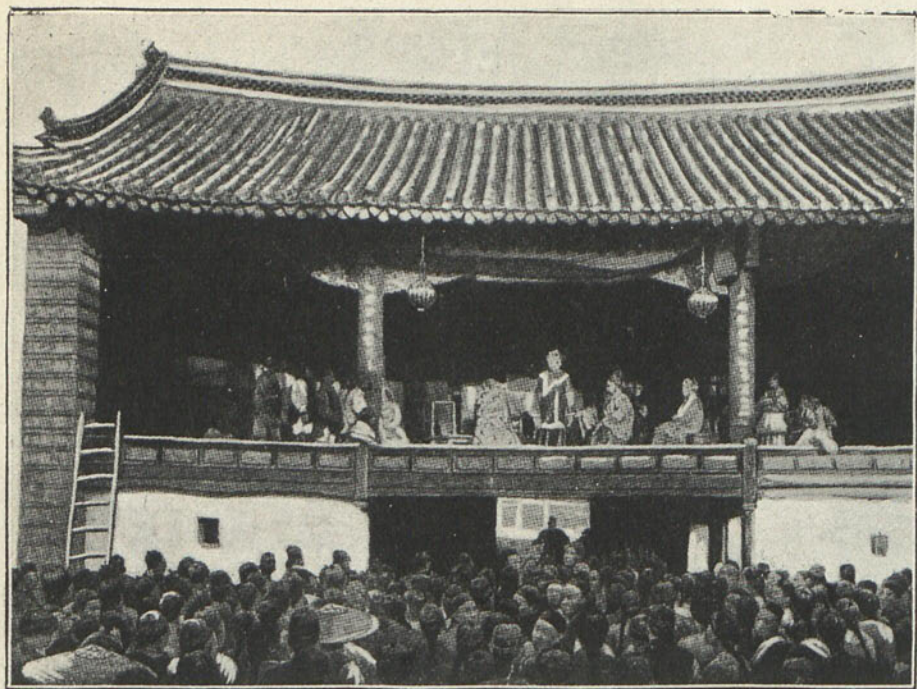
El alejamiento del Imperio chino cuya vida transcurre desconocida al otro extremo del Continente, el retraimiento que define al pueblo colosal de la Gran Muralla y la deficiencia de sus comunicaciones unido por otra parte al número de fantasías que se han propagado acerca de tan remoto país, no permiten conocer con exactitud los pormenores de sus costumbres, su arte, su teatro. En este artículo escrito sobre datos fidedignos en los instantes en que la China remata felizmente su primer movimiento progresista hallará el lector curiosos detalles de aquel escenario cuyo estado primitivo será ya, muy pronto por las corrientes euro-

UN «ACTRIZ» CHINO EN PLENA REPRESENTACIÓN

(En los teatros del Celeste Imperio los papeles femeninos son desempeñados por mancebos educados para el teatro)

Los graves acontecimientos que se están desarrollando en la China, sobre el tapete de la actual política del Celeste Imperio se reflejan en el teatro. Cierto, ciertamente, una multitud de cosas interesantes y poco ó nada interesantes, pero no desfiguradas por la influencia de los pocos de gente mal informada que se interesa por la serie. Una de las cosas que más interesa existe allí desde antiguo, y que ha llegado a Europa nacida de las traducciones de las obras literarias. En China se ha conservado la tradición.

No existen traducciones de las obras por estar en alguna lengua que no se entiende en Europa.



UN TEATRO EN EL CELESTE IMPERIO

(El pintoresco aspecto de estas salas puede advertirse fácilmente en el grabado.)

El público chino no exige otro cartel anuncia la obra que se representa.

También una pequeña orquesta: una de músicos provistos de instrumentos, se sitúa en el escenario, entre las dos puertas para cumplir su cometido. Las necesidades de la obra lo requieren, y el sistema de teatro chino es algo en medio de un teatro de la China.

Las sillas y tres cañas son necesarias para representar. Con la mesa en el lado, se amuebla. La lujosa se cubre con tapetes rojos; si se necesitan dos sillas en el escenario, que sostiene el escenario se cubren con la y cu-

bierta de un trapo azul, cuidando de poner encima un letrerito que diga *la mar*; se construye una pagoda atando dos cañas á la mesa y colgando de ellas una cortina y otro rotulito explicativo; para una montaña basta poner las sillas encima de la mesa, y finalmente se representa un bosque plantando en mitad del escenario una caña con un ramo verde en su extremo superior.

Contrasta grandemente, sin embargo, esta pobreza y sencillez del decorado con el lujo que ostentan los cómicos en sus vestidos para la escena: túnicas bordadas de oro, vestas de seda, uniformes de altos dignatarios y magníficos trajes de mujer. Verdad que los chinos cuidan más, en su vida ordinaria, del adorno ex-

terior de sus personas que de las comodidades del hogar y aún de su propio aseo interno.

La ejecución de la comedia es de tan infantil y candorosa sencillez como el arreglo de la escena. Salen los personajes diciendo «yo soy el mandarín tal, ó el letrado cual», dan un paso levantando un pie para figurar que entran en una casa, y si han de hacer un viaje corren por el escenario chasqueando el látigo, montandos sobre el fogoso corcel simbo-

lizado en una caña, para terminar diciendo «ahora llego á tal parte».

El modo de pintarse ó de presentarse en escena, tiene también su especial significado: los personajes de malos sentimientos, el traidor de los dramas, se pinta de blanco los ojos y la parte superior de la nariz; una tira de papel blanco puesta sobre las orejas, convierte al actor que la lleva en alma venida del otro

mundo; las manos tendidas caracterizan los marineros.

Las obras teatrales no pasan de ser bocetos de argumentos, escritos en la antigüedad por autores anónimos y que los cómicos desarrollan á su modo más ó menos inspirada y caprichosamente. Está severamente prohibido ocuparse de los poderes públicos actuales,



ACTORES CHINOS ATAVIADOS PARA TRABAJAR
(*Contra lo que se ha dicho, estos actores no son esclavos del jefe de la compañía.*)

pero puede criticarse cuanto se quiera las pasadas dinastías, los mandarines, los sacerdotes y hasta la religión. Estas obras carecen de unidad de tiempo y de lugar, pero tienen unidad de acción; están divididas en partes que pudiéramos llamar actos y escenas y en ellas se expresan los sentimientos con bastante naturalidad. Quizá pequen algunas obras de exceso de naturalismo; las hay que parecen escritas por alguno de nuestros mejores especialistas en erotismo; baste decir que

algunas heroínas conciben y paren en la escena. Sin embargo, el final de todas las obras es moralizador y educativo: siempre resulta premiada la virtud y castigado el vicio. Es por esto considerado el teatro como obra benéfica, que aparta además al pueblo de otros sitios peores, pero sin que tenga nada que ver con la religión, como equivocadamente han dicho muchos viajeros.

Cuando en alguna población han ocurrido acontecimientos dignos de ser celebrados, ó alguna familia rica organiza festejos íntimos, se contrata una compañía de cómicos, y por espacio de varios días se representan comedias, dramas, tragedias, episodios guerreros y hasta juegos y saltos acrobáticos, en sesiones de diez ó doce horas. Hay chino que no sale del teatro mientras duran las representaciones: allí come, bebe y... duerme durante los intermedios.

Por entre el público circulan los dependientes de algún restaurant instalado á la puerta, pregonando naranjas, plátanos, te y golosinas, de igual modo que por entre los cómicos, en plena representación, andan los ayudantes de la compañía despabilando candilejas y poniendo ó quitando los trastos del decorado, haciendo contrastar sus andrajos con el brillante aspecto de los cómicos.

Los actores chinos forman compañías bastante numerosas, que marchan ambulantes en sus *lorchas*—embarcaciones que cruzan la extensa red de vías fluviales del Imperio—con sus vestidos, sus ayudantes y cocineros, deteniéndose en las localidades donde hallan contrata para una serie de representaciones.

Los cómicos son mal vistos en la sociedad china y están clasificados entre las últimas clases de la sociedad, pero no es cierto que sean esclavos comprados por el jefe de la compañía, como se ha dicho recientemente en un periódico extranjero.

En las compañías sólo hay hombres, como ya hemos dicho, pues las costumbres del país apenas permiten que las mujeres se presenten en público; pero los muchachos que se encargan de los papeles femeninos, imitan tan perfectamente á la mujer en sus trajes, sus modales, sus gestos y su voz, que la ilusión es completa.

Generalmente, los chinos son buenos y concienzudos actores que no dependen del apuntador y tienen inimitable gracia para el género cómico.

Es decir, que en el teatro chino, á pesar de su primitiva sencillez, hay muchas cosas envidiables.

EMILIO
SEVILLA



UNA ORQUESTA DEL TEATRO

Estos músicos provistos de instrumentos raros aguardan el momento de lanzar sus inarmónicos sonidos.

EL POETA

JUAN MARAGALL

Entre las bajas más dolorosas del mes último se cuenta la del exquisito poeta de Cataluña, Juan Maragall. Ninguna empresa más digna de este primer número de PHAROS que glorificar la memoria del gran artista. Como definición, la más clara y brillante de lo que fué Maragall y lo que fué su obra, hemos logrado del insigne comediógrafo, honra de las letras dramáticas, D. Jacinto Benavente las primicias tipográficas del siguiente admirable discurso que ha leído recientemente en la velada consagrada por el Ateneo al nombre del vate catalán. Maragall glosado por Benavente constituye una definitiva manifestación de la mentalidad nacional.

Señoras y señores: Por primera vez en el año se reúne la Sección de Literatura, y, ante todo, debo expresar mi agradecimiento á los socios de este Ateneo por haberme elegido para presidirla. Hasta ahora, en verdad, esta Sección (y recabo toda la responsabilidad) no se ha mostrado muy activa en el presente curso, quizás por justificar mejor su denominación de literaria. De literatos es pensar grandes cosas y realizar muy pocas. Prometemos enmienda, y aunque lo realizado no llega á la magnitud de nuestros grandes proyectos, procuraremos acercarnos cuanto sea posible.

Esta primera sesión es en honor del altísimo poeta ibérico Maragall. Ya veis que no digo catalán ni español. Yo sé que á su noble espíritu ninguna otra calificación halagaría tanto.

Catalán era Maragall, y muy catalán, y bendito sea por esto y benditos sean todos los que como él

aman á su patria, que sólo por amor á nuestra patria, por chica que sea, y Cataluña es patria grande, sólo por el amor á nuestra patria, digo, podemos comprender el amor de los demás á la suya, como sólo por el amor á nuestra madre, y á nuestros hijos, y á nuestros hermanos, podemos comprender cómo los demás hombres pueden amar á los suyos. Desconfiad de esos que por amor á la humanidad, dicen ellos, se desentienden de lo que más debiera importarles por más cercano. ¡Ay! Es tan fácil poner nuestros amores en los extraños.

Ese amor por las abstracciones ni molesta, ni exige sacrificios, ni responde con ingratitudes. Lo difícil es amar muy cerca, á los que unas veces son alegría y otras muchas dolor, á los que si alguna vez nos consuelan, muchas nos entristecen á los que si tal vez nos aligeran la carga de la vida, otras veces son pesadumbre.

Los que no aman cerca y pretenden hacernos creer que aman muy lejos, me hacen el efecto de esas malas mujeres muy sensibles de corazón, que acaban de pelearse con su madre y de insultarla, y se echan á llorar porque leyeron en el folletín alguna mala andanza de Fanny ó de Emma.

Odioso es el regionalismo cuando es disputarse prebendas, y actas, y sueldos del Estado, y privilegios en perjuicio de otras regiones.

Pero si el regionalismo es amor y deseo de justicia, no puede nunca separar á unas regiones de otras, sino unir las estrechamente en una misma aspiración.

Sólo sobre ideales, estribaderos de la inteligencia y del sentimiento, puede tenderse con firmeza el puente material que salve espirituales distancias.

Que cada uno ame á su patria chica. Lo único que debemos pedir es que ese amor sea grande, verdadero... y el ideal de ese amor no será siquiera España, será algo más, será Iberia... Un Imperio Ibérico, en que se unirán para siempre Cataluña, Castilla y Portugal, cuando catalanes, castellanos y portugueses amen á su patria con verdadero amor.

¿Y qué será preciso para esto? ¿La fuerza? Sí, la fuerza, la única que está sobre todo. La del amor á la justicia. Unidos en la misma aspiración á realizarla, ¿quién podrá separarnos?

Honremos al poeta ibérico y so-

ñemos con él y aspiremos con él á esa gloriosa Iberia.

Y no importa que antes sólo amemos en nuestro nido, por pequeño que sea. Sólo en su calor hallaremos fuerzas para volar más alto. Ave que vuela antes de tiempo, cae pronto.

Hay quien por volar muy alto con la inteligencia, por volar más ligero, deja caer el corazón.

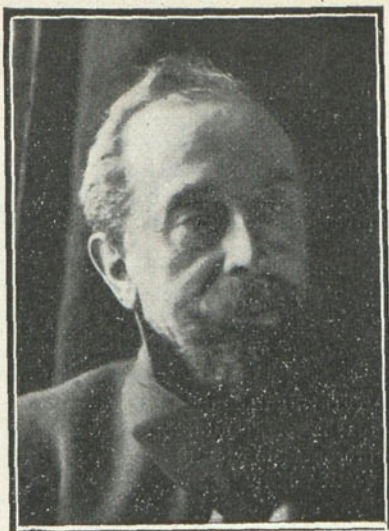
Hay quien dice: Amo á la humanidad, y no supo nunca dar amor á sus hermanos.

Hay quien pretende amar el mundo entero, sin haber amado á su patria.

El amor, ni se busca ni se encuentra cuando no se lleva. Si de nuestra casa salimos sin él, sin él iremos por el mundo. Y si Dios no está en nuestro corazón, nunca estará para nosotros en el cielo.

¡Oh, poeta, tú que fuiste cristiano y patriota de dentro á fuera, en claridad de entendimiento hermano de *Goethe*, en calor del corazón hermano de San Francisco de Asís, panteísta y cristiano, llama de hogar y sol del mundo, asiste á este homenaje, que es abrazo de amor. Y en testimonio, yo, que mal puedo inspirar recelos, con todo mi corazón ofrezco este homenaje á Cataluña. Y en Cataluña, con el espíritu del poeta, veo á la ideal Iberia de sus sueños, unida un día para glorificarle, como hoy le glorificamos nosotros.

JACINTO BENAVENTE.



POESÍAS DE MARAGALL

LA VACA CIEGA

Topando de cabeza con las rocas
y caminando al agua por instinto,
viene la vaca solitaria. Es ciega.
Demasiado certera, una pedrada
del rabadán le saltó un ojo; el otro
se lo esconde una nube: y así es ciega.
A abrevarse vendrá como solía,
pero sin aquel aire decidido
de entonces; sin amigas; viene sola.
Sus hermanas por cuencas y vertientes,
por los prados y orilla de los ríos
hacen sonar la esquila, mientras pacen
de la hierba al azar... Ella caería.
Da con el belfo en el pilón gastado
y recula espantada; pero vuelve
y baja la cabeza y bebe á sorbos.
Bebe con poca sed. — Luego, levanta
al cielo, enorme, la testuz armada,
con un gran gesto trágico; moviendo
las dos pupilas muertas parpadea
y se aleja por fin, calmosa, huérfana
de luz, en medio de aquel sol que abrasa,
vacilando al andar y sacudiendo
con languidez la macilenta cola...



LA CANCIÓN DE SAN RAMÓN EN LABIOS DE UNA RUSA

«La Virgen María — un rosál plantaba.»
La inmóvil doncella — cantaba encantada,
los ojos atónitos — de la propia hazaña
en labios eslavos — la miel catalana.

«Del santo rosál — nacía una rama.»
Cantaba canciones — de mi madre anciana,
que cuando era niño — ya me las cantaban,
y ahora que soy hombre — las canta la esclava.

ENERO DECRECE

Como una primavera en el invierno,
así hoy el cielo, así la luz y el aire,
abre de par en par puerta y ventanas
y nos llena el hogar de claridades.

Gloria á la vista el cielo, al pecho el aire
son ahora. — Parece á cada instante
que han de reverdecer las ramas secas,
que han de hervir golondrinas en el cielo
y que se ha de asomar toda la tierra.
¿No sientes frenesí, mujer? Responde:
¿no hay primavera en tus entrañas?

Sal, ligera á la calle; si te encuentro
en plena boca he de estamparte un beso,
en presencia de todos, sin vergüenza
de besar en tal día, y que me besen.

En pleno invierno estamos: heló ayer,
y mañana habrá nieves en la sierra.
Esta primavera está lejana, duerme
arrebujada en el montón del tiempo;
pero un día como hoy nos la promete.

Si prometida tú me fueras, niña,
ya no existiera para mí el invierno,
ahora, después, ni nunca, porque tienes
en el mirar la primavera eterna.

«Nació en San Ramón — nació en Villafranca.»
Si sabe qué dice — no sabe á qué alcanza
y canta indecisa — la canción extraña,
quemada del fuego — que prende en las almas.

«Confesor de reyes — de reyes y papas.»
La canta de cerca — parece lejana,
lejana la veo — siempre más lejana
la veo perderse — por la estepa blanca
con su «San Ramón — nació en Villafranca.»

«La Virgen María — un rosál plantaba.»



LA MUJER HERMOSA

La presencia de la Mujer hermosa
te hace humilde y leal contemplativo.
En la presencia de la Mujer hermosa
hay como un reposar definitivo.

La partida de la Mujer hermosa
se deja hermosamente iluminado.
En la partida de la Mujer hermosa
hay un rastro de luz que se ha apagado.

El recuerdo de la Mujer hermosa
se deja triste y fácil á soñar.
En el recuerdo de la Mujer hermosa
hay un intenso y suave meditar.

El olvido de la Mujer hermosa
es muerte, despertar, resurrección.
En el olvido de la Mujer hermosa
hay una perennal renovación.

TRAD. DE E. MARQUINA.



JUAN GARÍN

I

En la montaña milagro
leyendas han florecido;

leyendas de Juan Garín
tentado por el Maligno.
Fray Juan hace penitencia,
solo, en encumbrado pico.
Lleváronle una doncella
presa de malos espiritus.

Montserrat, montaña santa,
montaña de los cien picos.

II

Fray Juan dentro de la cueva
rezaba con gran fervor:
preséntasele Riquilda
vestida de tentación.
Fray Juan los párpados cierra
y al trasluz la ve mejor.

En Monserrat, todo es bruma:
Riquilda es rayos de sol.

III

Después de tan gran pecado
Garín de bruces se encuentra.
Despeñada está Riquilda;
Montserrat, limpia de niebla.
Fray Garín ve los abismos
y flaqueánle las piernas.
De manos en tierra cae
cada vez que alzarse intenta.
Juan Garín ya no es un santo
ni un hombre: tornóse fiera
de los campos, en los campos
de Monserrat se apacienta.

IV

A rastras va muchos años.
Voz de inocencia le llama:
«Levántate Juan Garín,
tu penitencia se acaba:
vuelve los ojos al cielo,
que ya la tierra los harta.»

Juan Garín se alza de manos,
como un oso se levanta.

TRAD. DE E. DíEZ-CANEDO.



EL SEÑOR HASTÍO

Cuando el frío arreciaba demasiado y la lluvia cantaba su sonata de cristal sobre los cristales, la tertulia del café de Méndez Núñez quedaba desierta. Solamente, imperturbable, indiferente á la lluvia ó al frío, aparecía, dadas las diez, Ramón Santianes, muy arropadito en su capa española. Pronto nos fué acostumbrando á todos á que no tuviésemos miedo á la inclemencia del clima y le hiciéramos compañía en la tertulia.

Ramón era cenceño, avispado y sutil, con ojos melados y bovinos. Nadie podía leer en aquellos ojos muertos, parados, sin expresión. La boca se quebraba hacia un lado con desdén, como cansada de todos los besos y de todas las sensaciones. Aquella boca era el paréntesis puesto á la enigmática serenidad de los ojos. Los ojos callaban y dejaban que lo dijese todo la boca.

Cuando se discutían asuntos de política, de literatura, de metafísica (que á tan empinadas cumbres solíamos trepar en el café de Méndez Núñez), Ramón tomaba tanta participación como el que más en la controversia y su conversación tenía puntos de vista originalísimos y atisbos paradójicos que nos fascinaban.

En las noches de borrasca, en las noches inclementes en que nadie salía á la calle, más que los pobres periodistas, trasnochadores por obligación, Santianes permanecía silencioso. No por nada, sino porque en las noches de borrasca se discutía el amor en la tertulia del café de Méndez Núñez.

Ignoro qué misteriosa relación hay entre el destemplado clima y el amor; pero sé que en nuestra tertulia, durante las noches boreales, sacábase á plaza el tema de perpetua actualidad, ¡el amor, eterno amor, alma del mundo!... Acaso

las tempestades atmosféricas tienen resonancia en nuestro clima moral; acaso en las noches de desolación exterior, nos sentíamos solos, solos con nuestra alma y nuestros dolores, y queríamos refrescar recuerdos para olvidar un poco la amargura del momento. El viento aullaba y silbaba fuera; con nuestras reminiscencias á solas, nos parecía estar más al abrigo de la borrasca.

El piano, más enternecido y más sentimental en aquellas horas, interpretaba alguna romanza de Tosti ó algún vals de Waldteufel. Santianes solía penetrar en el café, muy jacarandoso y esbelto, tarareando el mismo aire que el piano interpretaba.

En aquellas noches, la conversación tomaba giros de lirismo, inusitados en los restantes días. Todos nos poníamos sentimentales y Ramón daba la nota aguda, haciendo filigranas de psicologismo mórbido.

—Ramón ¿cómo no tienes novia?, solíamos preguntarle.

Ramón contestaba invariablemente:

—Porque me aburren las mujeres...

—Pero á ti siempre se te ve por ahí con chicuelas fáciles...

—Son las únicas que puedo tratar sin hastío...

—¡Cuántos dicen eso y acaban hincando el pico á la coyunda matrimonial!, solía exclamar Jenaro Prendes, que era el más práctico y positivista de la tertulia.

—Pero ¿no has encontrado todavía una mujer interesante, digna de ti?, le decía Juanito Pendás.

—Ó todas las mujeres son demasiado poco interesantes, ó yo he tenido poca suerte en los hallazgos ó yo soy demasiado interesante para ellas.

—¡Vanidoso!—clamábamos á coro.

Y la conversación se derretía entre la sonoridad del piano, sin que Ramón acabara por espontanearse con nosotros. Él, que era un hombre efusivo, en este punto concreto del amor no soltaba prenda.

—Desengañaos, muchos (solía decir como fin y remate de toda discusión erótica), á la mujer cuanto más se la estudia menos se la comprende...

—Esas son filosofías trasnochadas —decía Pendás—; lo evidente es que las mujeres son sencillas y fáciles de comprender en cuanto se intima con ellas. Lo que pasa es que tú no habrás intimado con ninguna...

—He tenido intimidad con muchas mujeres y la mujer más desconocida me parecía siempre la que estaba más cerca de mí..

—Esas son frases retóricas, literatura, pero nada más. No responden á la realidad.

—Bueno—gritaba Pendás con su voz agria de palurdo... Todo eso se quitaría en

cuanto te pusieras en relaciones formales con una buena chica y te casaras...

—La noche de bodas me parecería horrosa, decía Ramón.

—¿Por qué?...

—Ya sabéis que un filósofo griego ha dicho que no hay más que una noche feliz, y no es la de bodas, sino la anterior...

¡Qué profunda filosofía y qué intensa emoción encierra esa frase!...

Cuando callaban las conversaciones, Ramón miraba hacia el fondo del café, hacia el vacío, con una mirada errática y cansada, una mirada de tedio, una mirada semejante á la que lanzaría un naufrago en medio de una

isla desierta.

Ramón era muchacho de buen porte y de mejor talle, con ojos melados y serenos de damisela, ojos

que suscitaban más madrigales que fiere-



Alcorno

zas. Sus ojos no decían nada viril ni agresivo; decían ternuras de madre, candores de niña, pudicias de colegial. Eran ojos de «siempre novio».

Nuestros amigos eran comunes; jamás habíamos frecuentado tertulias que no pudiesen acogernos á los dos en su seno.

—Ramón, vamos á pasar la tarde en el café de Méndez Núñez...

—Ramón, vámonos á casa de las Tiedra, que se alegrarán de vernos... Juguemos á las prendas y pasaremos bien el rato...

Y Ramonín siempre acudía solícito, pensativo y triste. Pocos eran los días en que, por falta de humor ó por alguna extraña ocupación, se negase á ello. ¡Era tan servicial, tan amable, tan suave de modales!... En las tertulias era niño mimado; tocaba el piano maravillosamente, hacía juegos de prendas con arte y destreza y más maravillosamente aún componía *pot-pourris* sobre motivos de tonadas regionales...

Soberanamente vestido, soberanamente calzado, soberanamente atildado, se aburría soberanamente también. Juan Manuel Ramiranes, muy amigo suyo, solía decirle:

—Eres el soberano fastidiado de un imperio fastidioso. .

Se aburría en todo, de todo y con todo. Se aburría porque sí, por aburrirse; por el sibaritismo del aburrimiento. Se aburría por todos los que no se aburren; el espectáculo de la vida que á otros produce carcajadas ó llantos, á él le suscitaba simplemente bostezos.

¿Por qué se aburría Ramón Santianes, feliz, mimado de las damas, guapito, con una muy sólida renta de tierras de labrantío y caserón solariego en la Pola de Ablandi?... Si hubiese sido infortunado en amores, todavía se explica; pero las pocas novias que tuvo, le duraron poco tiempo y le quisieron bastante — que son

dos felicidades—. Se sabía que Rosina Lamego estaba románticamente enamorada de él, sin esperanzas de correspondencia..

Cuando íbamos á los teatros, en medio de la ruidosa multitud allí congregada, bajo la fascinación de las luces, de las joyas y de las mujeres hermosas, se recrudecía el fastidio de Ramonín Santianes. Á pesar de los dulces y cándidos ojos de Rosina Lamego, mirándole extasiada desde el fondo de una platea; Ramón seguía adormilado, mustio, con los ojos perdidos en el vacío, como ojos de idiota, ó fijos en la luminosidad del escenario, como los de un alucinado.

Á fines del verano, por una noche luminosa de luna y de amor, Ramón Santianes ascendió al trepidante ferrocarril que lleva á Prendes, donde unas ricas minas de estaño constituían uno de los más ricos manantiales pecuniarios para Santianes. Huérfano de padre y madre, quedábale el usufructo de sus bienes, puestos bajo la desesperante tutoría de D. Cayo Magadán, capellán colativo de Quintueles.

Todas las tentativas de curación del tedio habían salido frustradas; y pensó Ramón que el único remedio eficaz era el campo, el aire libre, la fresca umbría de las arboledas, el viento ronco y salvaje de las montañas, la perfumada quietud de los valles, el murmurio cantarín de los ríos, la alegría rumorosa de los pomares en flor... Mas donde positivamente creía encontrar el diaforético de la Naturaleza, halló, como siempre, la perpetua inquietud espiritual, imán del tedio.

Una sonrosada y púdica aldeanita, rubia como las espigas de los maizales, se le entró alma dentro y le trajo á mal traer durante los tres meses de otoño que allí transcurrieron.

Y volvió á la ciudad irremediabilmente aburrido, aburrido para siempre. Ahora

ya no iba á los teatros ni vagaba por los paseos públicos á la hora oficial, ni asistía á las reuniones mesocráticas, donde se juega al «tres veces sí y tres veces no» y «amagar y no dar», que tan picantes juguetes guardan para los chicos jóvenes.

Ahora andaba solo, retraído, paseando por las afueras con un libro de Schopenhauer ó de Enrique Heine en la mano, sin gusto para nada, sin una sonrisa para ningún espectáculo de la Naturaleza ó del arte. La gente le miraba como á un ser ño, paradójico y absurdo, que se moría extrade apoplejía de dinero.

—Si tuviés que mantener dos fíos y una mujer (decían las mujerucas del pueblo cuando le veían paseando solo por el extrarradio), no tendría tiempo pa hacer esas faterías...

Una mañana, de un modo insólito y extraordinario, se encontró á Ramón mal herido en cama, pasado el mediodía, cuando los criados le fueron á despertar. Reconocido por D. Antonio López Ramos—tan lamentable médico como pusilámne marido, que dejaba á su esposa campar por sus respetos en todas las casas de trato de la población—se averiguó que había intentado ahorcarse colgando una cuerda del montante de la alcoba. Pero convencido de que hasta para ahorcarse había que tener paciencia, desistió de la empresa suicida y cayó sobre la cama exánime, sangrando, jadeante...

En la mesa de escritorio, sobre el volumen de Schopenhauer que infames tra-

ductores han titulado arbitrariamente: *Del amor, de las mujeres y de la muerte*, se encontró esta carta dirigida á Juan Manuel Prendes:

»Querido Juan Manuel: Me voy á la tumba llevándome mi secreto. Nunca podréis adivinar por qué vivo tan aburrido, y de aburrimiento me mato. Si esto dura mucho, no necesito ahorcarme; me muevo por consunción. Intentaré morir lo más decorosamente que pueda; pero francamente, si me cuesta mucho trabajo y tiempo, no me ahorco por aburrimiento.

»Llevo una llaga de origen en el alma. Yo pienso que mis padres se adelantaron en lanzarme al mundo. Yo debí nacer dos siglos después, cuando las emociones fuertes fueran el manjar cotidiano de todo el mundo. Yo no he nacido para las impresiones triviales de la vida cotidiana; vuestros solaces me aburrían, vuestras diversiones me exasperaban; las novias no me entretienen; los espectáculos teatrales me afligen; los paseos parecíanme anodino y triste modo de matar el tiempo...

»Y por no matar el tiempo, ese monstruo, me dejé dominar del hastío, otro monstruo, que Baudelaire cantó:

»Il rêve d'echafauds, en fumant son houka;
tu le connais, lecteur, ce monstre délicat.

»Emigro á un reino ideal donde no existan esos dos monstruos asesinos: el tiempo y su hijo, el Hastío...»

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO



FORTUNY

SU VIDA # SUS OBRAS

En la ciudad de Reus nació Fortuny el 11 de junio de 1838. Su padre, carpintero de oficio, y su madre, Teresa Marsal, murieron cuando él contaba muy pocos años, y huérfano y desvalido, pasó á los brazos de su septuagenario abuelo, Mariano Fortuny, tan pobre y desvalido como el niño que tomaba á su cargo.

Era el abuelo, como había sido el padre, carpintero y tallista de oficio. Muy hábil y mañoso, aplicaba su habilidad á diversas ocupaciones. Modeló en barro y también en cera una colección de figuras que exhibía al público, y entre las cuales se hallaban un grupo que representaba á Carlota Corday asesinando á Marat, varios retratos de celebridades, y el suyo propio, de un notable parecido.

El abuelo amaba con tierna predilección al niño, se desvivía por él, se miraba en él. Su figura se presenta en alto grado simpática y enternecedora, admirando entusiasmado las primeras pruebas de una vocación naciente, abdicando sus ilusiones y consagrando todo el calor que resta en su corazón generoso, á alentar los primeros pasos de aquel para quien él, con la intuición del amor paternal, había adivinado, desde luego, un porvenir de gloria. Güel y Mercader, uno de los biógrafos y al mismo tiempo compatriota de Fortuny, que conoció al abuelo, apunta que el buen hombre creía en la trans-



ESTATUA DE FORTUNY COLOCADA EN EL JARDÍN
DE SU CASA

migración de las almas, y decía que la de su nieto era la de un gran pintor de los pasados tiempos.

Á la unión del abuelo y el nieto por la desgracia, por la fuerza irresistible que trae al anciano hacia el niño, al padre hacia el hijo, vino un nuevo lazo, más íntimo y conmovedor, á estrecharlos más y más el uno al otro. Pronto el joven Mariano presta ayuda en sus tareas á su segundo padre, y borrona casi por instinto dibujos y figurillas. ¡Qué alegría la del alma ruda, en la que ardía impotente el entusiasmo del aficionado, al sorprender

estas pruebas de una vocación que nace! No fué admiración la del pobre viejo, sino delirio, exaltación indescriptible, exageración, aún cuando la precocidad de Fortuny explican semejante entusiasmo.

Güel y Mercader, condiscípulo del pintor y biógrafo suyo, que ya he mencionado, hace costar que Fortuny no se distinguió por su aplicación en la escuela, ni por sus felices disposiciones para aprender; se entretiene en ella, como recuerda otro condiscípulo suyo, D. Juan Roig Soler, en carta al barón de Davillier, en garrapatear monigotes, y tampoco muestra aptitud para la música que le enseña D. Antonio Fortuny, hermano de su padre. Por el contrario, su afición al dibujo crece más cada día, copia, toma apuntes del natural, llena de informes borrones las paredes, las cubiertas de los libros, las mesas de los cafés, mientras el abuelo entusiasmado corre de casa en casa pregonando la rara precocidad de su nieto. Obedeciendo, en fin, á los impulsos de su vocación, el joven Mariano ingresa en una escuela de dibujo que acaba de fundarse (1847), y luego pasa tres años en el taller de D. Domingo Soberano, uno de los que vieron en él indicios seguros de lo que con el tiempo había de llegar á ser, y que completó en cierto modo la educación que en la escuela recibió Fortuny con la enseñanza de la pintura al óleo y á la aguada.

Desde entonces manejó, si bien con mano poco diestra, no tan sólo el lápiz, sino también el pincel, y creciendo con sus progresos los elogios de sus amigos, no tardan en instarle á que abandone á Reus para desenvolver su genio en más vasta esfera, arrullándole con reductoras esperanzas. Obedeciendo, tal vez, á esta predilección, salen el pintor y el abuelo para Barcelona, haciendo el viaje á pie y con las mayores privaciones. ¡Pobre é ignorante, daban el primer paso para una

gloria que jamás llegó á soñar el abuelo en sus delirios! La esperanza era su guía, esa vaga y secreta fuerza que nos arrastra á la ejecución de actos cuya transcendencia somos incapaces de conocer.

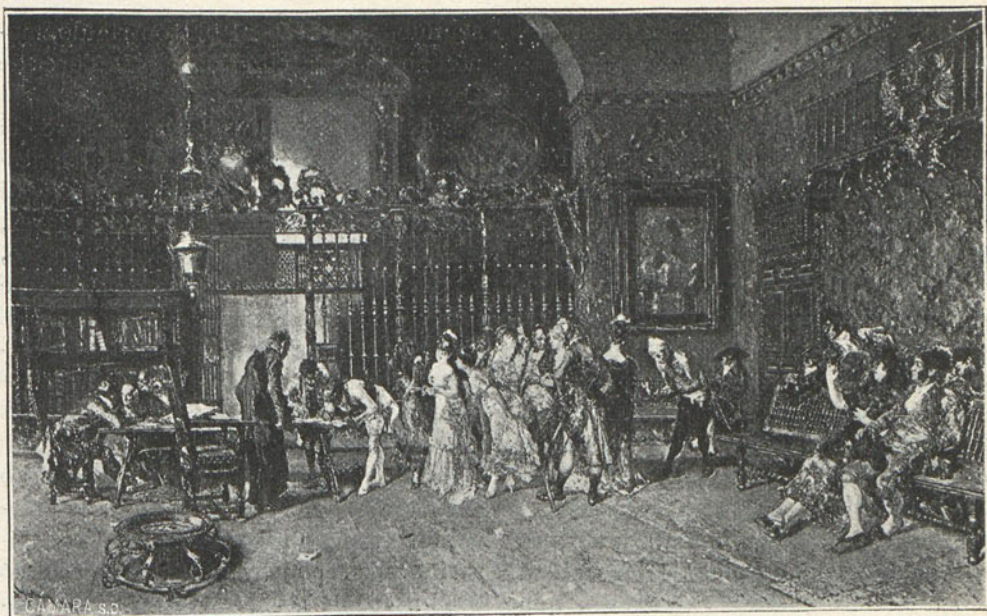
—
Á las obras no escasas de estos primeros años de su vida, por lo general desconocidas, no pueden concedérseles otro valor del que tienen como comienzos de un artista afanado. Además de algunos pequeños paisajes, existen algunos exvotos para la Virgen de la Misericordia que se venera en Reus y unos cuantos retratos de encargo, que son en los que más se muestra la inexperiencia del adolescente.

—
En Barcelona desvanécense un tanto las halagüeñas esperanzas que llenaban las almas soñadoras del abuelo y del nieto, y hubo de pasar algún tiempo antes de que encontraran quien supiera descubrir el genio del niño y le prestara su protección y ayuda.

Á través de privaciones y apuros, llegó un día en que el escultor Talarn, á quien el abuelo mostró los últimos esbozos del adolescente artista, diciendo que su autor era un pobre huérfano, é interesándole su corazón de hombre y de artista, no vaciló en hacer generosos ofrecimientos para obtener la pensión necesaria para que Fortuny ingresara en la Escuela de Bellas Artes.

Talarn no olvidó su ofrecimiento, y recurriendo á algunos eclesiásticos, con los que como tallista de imágenes estaba en relaciones, logró obtener dicha pensión, que consistió en los réditos de una manda pía de fundador desconocido, cuyo importe ascendía á 160 reales mensuales y los gastos de la enseñanza, ingresando Fortuny en la Escuela de Bellas Artes á fines del 1853.

Bien pronto logró distinguirse de sus



LA «VICARÍA» ADMIRABLE CUADRO DE FORTUNY EN EL QUE SE ENCUENTRA COMPENDIADA TODA LA ÉPOCA DEL SIGLO XVIII, POR SUS TIPOS MÁS PINTORESCOS

condiscípulos y atraer la atención de sus profesores, que no pudieron menos de fijarse en el joven pintor, cuyas raras cualidades hacían concebir muy bellas esperanzas. Poco tiempo después de su ingreso en Bellas Artes, dos éxitos contribuyen á preparar su reputación, dos éxitos que, despertando la atención sobre el novel artista, atraen la envidia de unos y el mimo de otros, de los cuales data su fama y por los cuales empieza á ser reconocido su indisputable mérito. En 1854, su protector Talarn recibe encargo de dirigir la decoración de una iglesia, y le ruega que tome parte en aquella obra, en la que Fortuny ejecuta al temple una gran pintura que cubre el altar mayor y que representaba al Padre Eterno y la corte celestial, pintura que no existe ya por haberla deborado un incendio, que obtuvo el elogio de muchos y que constituye su primer éxito público, al que poco después vino á unirse otro alcanzado en las aulas, con motivo de haber realizado

con el pincel una composición de la cual el pensamiento había descrito de viva voz su profesor de estética D. Pablo Milá.

Desde entonces sus muchos amigos se disputaron el honor de tener alguna obra de su mano, y algunos de ellos le obligaron á que los retratara, siendo muy numerosas las obras de este primer período de su fama, que hoy guardan sus dichosos poseedores como tesoros de un valor inapreciable.

La Diputación de Barcelona pensó entonces, por primera vez, crear una plaza de pensionado en Roma para proteger el cultivo de la pintura, y de acuerdo con la Escuela de Bellas Artes, presentó en 1857 las bases para unas oposiciones. Fortuny acudió á ellas ganándolas por unanimidad.

Con la magia de la palabra ¡Roma! en el alma, marchó Fortuny á Reus á despedirse de sus compatriotas y amigos que le contemplaban con respeto y mimaban como á una gloria, marchando de allí á

la ciudad museo de grandezas artísticas, donde llegó el 19 de marzo de 1858.

* *

Era el temperamento artístico de Fortuny un temperamento indócil para plegarse al yugo de las exigencias académicas, puesto que estaba en pugna la educación artística que recibía con su verdadera vocación, pretendiendo aquella inclinar su ánimo al cultivo de la pintura religiosa, y sujetarle á los preceptos de la estética neo-cristiana que aspira ante todo á la perfección del ideal, á la armonía, á la superioridad del concepto sobre la ejecución, y que privaba entonces. Parecen de mano distinta las obras de Fortuny, cuando plega la fogosidad de su talento á estas exigencias, que aquellas en que, libre de la inspección del profesor, cede al impulso propio de su inspiración, mostrando en ellas su amor al natural, á la verdad, sorprendiendo admirablemente las líneas esenciales de las cosas y los matices y tonos intermedios de los colores.

Por esta razón, y en esta época, cabe hacer de sus obras dos grupos principales. En el primero, las que son fruto de sus estudios académicos, y en el segundo, las que pueden considerarse como resultado de sus distracciones de escolar, de su espíritu abandonado á su criterio y que marcan los principios de su estilo propio y peculiar.

En el primer grupo tienen cabida *Los Almogávares, quemando las naves en la playa de Nápoles*, con que ganó el premio en la Academia en 1856; *Berenguer III en el castillo de Foix*, que le valió la pensión en Roma; *San Pablo en el Areópago* y *la Aparición de la Virgen de la Misericordia*. En todas estas obras recuerda, en el modo de dibujar y de componer, á los autores que le servían de modelos, de dibujo más correcto que

sentido, amoldado al patrón rígido, monótono, sin carácter de los imitadores de Overbeck.

En el segundo grupo, que comprende apuntes, figuras sueltas, álbums, demuestra un raro poder de impresionabilidad de sus facultades perceptivas, claras, enérgicas, y en ellas, su pincel suelto, desembarazado, parece querer trazarse una vía de independencia y originalidad. Colorido, vigor, aire, luz, poesía y elegancia, son aquí peculiares del artista.

* *

Fortuny llegó á Roma cuando aún no había cumplido veinte años, y sin discernimiento y certeza para fijar sus aspiraciones, perplejo y vacilante, recorrió los museos de la capital buscando la senda que debía emprender. En carta dirigida por él á su profesor D. Claudio Lorenzale, le decía que era necesaria gran prudencia para la elección de los estudios convenientes á cada uno, porque á causa de la gran cantidad de los medios disponibles, veía muy fácil retroceder lejos de adelantar en el camino.

Dadas las tendencias y carácter de su temperamento fogoso, fácilmente se explica que empleara mayor laboriosidad en el estudio del natural en la academia Gigi de la vía Margutta, que en el estudio de los clásicos, aunque daba muy poca importancia á los trabajos ligeros que hacía en dicha academia, pues según dice su amigo Mr. D'Espinay al barón de Davillier, quedaban abandonados sobre su pupitre y el propietario del establecimiento los pegaba á la pared ó los rasgaba. Por este tiempo vendía sus acuarelas al precio de 100 francos.

Las obras más importantes de estos primeros tiempos de su pensión, son: *La Bacante*, *Las Nereidas*, *La vista del Tiber* y un *San Mariano* que regaló á su abuelo; persistiendo aún, en estas obras,

las huellas de las enseñanzas primeramente recibidas, y harto se descubre en ellas la contemplación de las obras de los grandes maestros antiguos que gustaban de la mitología y el desnudo, aunque también se ocupó en nuevos estudios con el empeño de alcanzar un estilo independiente, en olvidar, ó por lo menos modificar, los preceptos aprendidos y en robustecer su criterio.

El mismo día que se cumplía el año de su llegada á Roma, 19 de marzo de 1859, murió su abuelo, habiendo conseguido el buen viejo el ver realizados sus sueños dorados y empezada la carrera triunfal de su nieto, tan querido como admirado.

Llevaba Fortuny un año y algunos meses en *la ciudad del alma*, como la llama Byron, y empezaba ya á sentirse invadido de la nostalgia y la monotonía de lo sublime, contemplando con avidez, cuando, estallando la guerra de Africa, la Diputación de Barcelona le propone un viaje al teatro de la guerra, que él acepta con entusiasmo.

Llega al Africa, y en ella encuentra el pintor, hasta ahora ahogado en una atmósfera que no era la suya, espacio donde moverse libre y desembarazadamente. Había suspirado por la luz, por la brillantez fastuosa de los colores, por todas las hermosuras imponderables del Oriente, y... se halla en él. Su temperamento ar-

tístico, amante de los rápidos y ligeros bosquejos del natural, se ve ahora precisado á ellos por la índole de los trabajos que ha de realizar y por lo fugaz de las escenas del drama que se desarrolla ante sus ojos, pues no va á sorprender á la morisma en su indolencia miserable y estúpida, sino viviente, agitada, arrastrada por la pasión, entre el estruendo del combate y los azares del campamento.

Resultado de este viaje al Africa fué una tan variada como rica colección de croquis y apuntes, que, unida á los objetos artísticos que pudo recoger, habían de servirle para la composición de los cuadros históricos de aquella guerra.

Esta colección de datos, entusiastamente admirada en Barcelona, no lo fué menos en Roma, entre sus compañeros y amigos, y conocidas son las frases con que la recordó á su muerte el pintor Verturni: «Difícil es expresar la sorpresa que causaron sus estudios hechos sobre el



FANTASÍA DE LA PÓLVORA
(Un grupo de moros pasa atropellándose unos á otros y disparando con estruendo sus espingardas).

campo de batalla... Cuando salió de aquí era un simple discípulo, después de breve ausencia volvió convertido en artista completo.»

Reinstalado en Roma envió en los años siguientes de 1861 y 1862: *El Florentino*, *La Odalisca*, una copia de *Tarquino y Lucrecia* de Guido Gagnacci, *El Contino* y 17 figuras del natural. Compuso también en este tiempo una escena de batelezas kabilas, varias cabezas de negros y de jefes kabilas, y algunos otros cuadros de estos asuntos.

En 1862, y de acuerdo con la Diputación de Barcelona, volvió al Africa, estudiando en esta segunda excursión los tipos de sus habitantes y sus costumbres, que le inspiraban gran curiosidad, llegando con su entusiasmo á aprender el árabe y á vestirse de moro para no ser molestado en sus paseos artísticos, ejecutando á su vuelta, y durante su estancia en Reus, una de sus más notables obras, que tituló *La Corrida ó Fantasía de la pólvora*, y que regaló á su protector D. Buenaventura Palau, volviendo á Roma en 1863 dispuesto á pintar *La batalla de Tetuán*.

Detengámonos durante breves instantes en la marcha de su vida para ocuparnos de *La Odalisca* y *La corrida de la pólvora* únicamente, ya que nos resulta tarea de todo punto imposible el querer ni aun sucintamente reseñar, entre todas sus obras, las en este trabajo mencionadas.

La Odalisca es una mujer de morena tez, de correcto rostro y de una hermosura esplendorosa que, tendida lánguidamente sobre un diván, muestra el encanto de sus formas, rodeada de un lujo suntuoso, mientras un eunuco vela en el fondo. La figura, de la que nada distrae la atención, resalta sobre el oscuro del diván llena de hechizos, embelesando el ánimo con la perfección de su cuerpo, de

suave y transparente cutis, y de una entonación maravillosa.

Con la *Corrida de la pólvora* inaugura Fortuny su gran colección de cuadros de asuntos orientales, que él puso en moda en aquella época. Un pelotón de moros, jinetes en soberbios caballos, pasan atropellándose en veloz carrera y disparando al aire sus espingardas. Todo en esta gallarda muestra de su genio es hermoso, y el ánimo del espectador recibe al contemplarla la impresión de las cosas fantásticas rodeadas por el viso de la realidad; pues en ella primeramente se observa, como en obras posteriores, la notable fusión del elemento real y del elemento de pura fantasía.

No sólo al pincel se dedicaba Fortuny; solía abandonar éste por el buril y á éste por la pluma, para llenar con estos trabajos las horas de las veladas; dando en el intervalo de 1863 á 1866 sus planchas al agua-fuerte, *Meo Petacca*, cantador popular del Trastevere; *La familia marroquí*, *La Victoria*, *El idilio*, *El árabe velando el cadáver de un amigo*, *El árabe muerto* y *Arabes sentados bajo el arco de herradura*, entre muchas otras que le valieron unánimes elogios de la crítica. «Como acuafortista — decía Gautier —, Fortuny iguala á Goya y se acerca á Rembrandt», mientras á juicio de otros «como grabador es superior á Goya y á Rembrandt: á Goya porque dibuja más, y á Rembrandt porque es más ingenuo y encuentra la magia sin violentar los efectos del claro-oscuro».

Además su espíritu de investigación era muy vivo, y el ansia de poseer objetos artísticos se desarrollaba en él cada vez más, logrando reunir una valiosísima colección de armas, trajes, tapices, muebles, joyería y ornamentos sagrados, que le servían, á más que para la concienzuda composición de sus cuadros, para es,

tudiar la mecánica del artífice de épocas pasadas. Sabido es que durante su estancia en Granada en 1870, empleó la mayoría del tiempo en descubrir el procedimiento empleado por los árabes para obtener los reflejos metálicos de los colores que se encuentran en sus cerámicas, llegando hasta montar, para conseguirlo, un pequeño laboratorio. También se ocupó entonces en descubrir los antiguos medios empleados para damasquinar y bruñir el acero, fabricando un alfanje, á más de otro que dejó sin concluir, que llamó poderosamente la atención de artífices y artistas. «Este alfanje morismo, digno del rey de Boabdil—dice Beaumont—, resume todo el arte y procedimiento de fabricación que usaban en el siglo xv los espaderos musulmanes de la vieja ciudad de Córdoba. ...En esta labor, esencialmente española, creada por una especie de amor á la Alhambra, Fortuny ha puesto no sólo gran parte de su talento, sino algo de su corazón.»

* * *

Fortuny estuvo siempre en movimiento, siendo por doquier aclamado y admirado. Fué á Roma; de allí, dos veces, al África; otras dos á España, al regresar; dos veces más á Madrid, otras tantas á París, sin contar sus visitas á Sevilla, Granada, donde le llevó su fantasía de artista, Florencia, Nápoles y otros puntos de Italia.

En su segundo viaje á Madrid (1867), se decide su matrimonio con doña Cecilia de Madrazo, hija de D. Federico de Madrazo, director del Museo Real; concibiendo entonces el pintor en sus varias idas y venidas á la vicaría de Madrid, con motivo de sus bodas, la composición de su cuadro *La Vicaría*, que había de hacer universal su fama.

Para este cuadro, empezado en Roma y continuado en París en 1869, en el taller

de Gerôme, sirvióle de modelo para una de sus figuras el célebre Meissonier, que se enorgullecía de ello, replicando con la conocida frase *Eseusez-moi; je pose pour Mr. Fortuny*, cuando alguien trataba de interrumpirle en la tarea de permanecer inmóvil delante del que pintaba. También figuran en este cuadro su esposa y su cuñada doña Isabel.

Este cuadro, del que dijo Gautier «es un boceto de Goya, retocado por Meissonier», lo describe D. José Ixart en esta forma: «Allí figuran las más pintorescas clases españolas del siglo xviii, desde el clérigo de misa y olla al torero, el escribano de sainete con su clásico gorro, el viejo verde remilgado, la tía ordinaria, la encopetada dama, el demandadero de las ánimas del purgatorio, incluso el personaje misterioso, severo y misantrópico observador, que se sienta en el banco de la izquierda, se nos antoja, por rara asociación de ideas, uno de aquellos tipos de las comedias de Moratín, como el D. Pedro de *El Café...*»

La explosión de entusiasmo que esta obra produjo en París, cuando en 1870 se expuso en el establecimiento de Goupil, es indescriptible; y la crítica elevó el nombre de su autor, por encima de todos, á las regiones de la gloria. «Nada exagero—dice Madrazo—si afirmo que la reputación de Fortuny se hizo asunto de moda, y que no ha habido jamás privado ni ministro que haya tenido á su puerta más carruajes de pretendientes y admiradores.»

El juicio crítico de esta obra no cabe aquí, ni yo tengo las condiciones de crítico, ni artista, necesarias para hacerlo. Además, ¿quién no la conoce?

La actividad y fecundidad de Fortuny no se daban punto de reposo, y á las obras apuntadas hay que añadir, prescindiendo de mucho y bueno, *La expugnación del campamento marroquí por las tropas*

españolas en 4 de Febrero de 1860, *El brindis del espada, La manola, El persa, El malandrín, La mariposa, La mascarada, La procesión disuelta por la lluvia*, y entre sus aguas-fuertes, *La nigromántica, El poeta y un San Jerónimo*.

Fortuny tuvo gran amor á la arquitec-

en la copia de las *Casas Consistoriales*, de Granada, en la *Elección de modelo*, por los individuos de la academia de San Lucas, en el siglo XVIII, en que la sala suntuosísima que allí pinta no es otra que la del palacio perteneciente á la Embajada austriaca en Roma; la verja de la *Vicaría*, pertenece á la catedral de Granada; en los *Bibliófilos*, pinta al gabinete



LA ELECCIÓN DE MODELO POR LOS ACADEMICOS DE SAN LUCAS

(Quienes conozcan la Embajada austriaca en Roma en la época en que fué pintado este lienzo, reconocerán la arquitectura de su sala).

tura, y así lo demuestra en muchas de sus obras, en las que figura, no como fondo y para llenar espacio, sino que le da una grande y principal importancia, constituyendo esto una belleza que él quiere hacer valer tanto como el resto de la composición. Se puede asegurar que en algunos de sus cuadros la idea primordial es exhibir las bellezas arquitectónicas, que él tomó del natural en sus viajes, y que las figuras de estos cuadros representan un insignificante papel. Esto se ve

de las Estampas, de París; copia uno de los patios de la Alhambra en el *Tribunal de Justicia*, y en la *Plegaria* una columna de Santa María la Blanca.

Pocas, poquísimas veces, Fortuny coloca la escena en campo raso ó entre los esplendores de la naturaleza; tan sólo en la *Batalla de Tetuán*, el *Jardín de los poetas*, en un fragmento, y la *Playa de Pórtici*, recuerdo que lo haga.

En octubre de 1873 se instaló Fortuny

en su taller de la *villa Martinori*, la cual fué desde entonces una de las curiosidades de Roma, visitada hasta el punto de verse obligado su dueño á no recibir más que á los que eran portadores de alguna muy especial recomendación de algunos de sus amigos. Su taller, como el de Overbeck, llegó á ser una de las más notables curiosidades de las colonias artísticas.

De todas partes llovían sobre él consideraciones de todo género, y su nombre fué rodeado de un culto fanático. Se demuestra cuánto llamaron la atención sus obras por los elevados precios en que fueron compradas. *El jardín de los poetas* le valió 20.000 francos, 40.000 el *Ayuntamiento viejo de Granada*, 70.000 la *Vicarta*, 75.000 le ofrecieron por la *Playa Pórtici*, vendida luego en menos; 80.000 por la *Lectura en el jardín*; Goupil le prometió 450.000, hallándose en Granada, por las obras que entonces había empezado.

En medio de tanta gloria, adulado y festejado por todos, mimado por la fortuna, el pintor se siente invadido por la melancolía, y en sus cartas de 1873 á 1874 publicadas por el barón de Davillier, se hallan más de un rasgo que prueban su tristeza por entonces.

La vista de la *Playa de Pórtici*, cuadro pintado durante su estancia veraniega en esta playa, es donde consigue su autor realizar su anhelo constante, la osada locura de no «escamotear un sólo rayo de sol», para conseguir producir en el órgano de la vista la misma impresión de la luz intensa. En Pórtici ejecutó, además, los retratos de sus dos niños en un salón japonés, y el *Matadero*, estupendo estudio de colorido, al que se llamó el *dó de becho* de la pintura moderna.

Reinstalado Fortuny en Roma después de su veraneo en Pórtici, se siente atacado de la enfermedad que le llevó al sepul-

cro, guarda cama en 14 y fallece el 21 de noviembre de 1874. «Un mortífero miasma palúdico—dice Madrazo—, deslizándose como traidora sierpe por entre las arboledas de la risueña *villa*, sorprendió al feliz soñador, y embargando su espíritu, le derribó desde su altura al sepulcro.»

La noticia de su fallecimiento causó en todas partes sensación profunda, y á su entierro en *San Lorenzo* asistieron, á más de la Colonia en peso, el pintor Morelli, que, de Nápoles, fué con sus discípulos á Roma; el paisista Vertunni, los directores de las academias de Francia y Nápoles, el síndico de Roma y el embajador de España, Sr. Rancés y Villanueva.

En abril de 1875 se verificó en París, en el Hôtel Dranot, la venta de las obras póstumas del malogrado pintor, pagándose en 49.000 francos la *Playa de Pórtici*, en 30.500 su estudio *Dos niños en un salón japonés*, y, llevados por el afecto que inspiraba su memoria, se pagó en 12.000 un magnífico casco que poseía, y en 30.000 un vaso morisco, sin citar otras muchas cosas.

GUILLERMO GARCÍA ALIX

En los primeros días del corriente mes, el arte nacional ha sufrido una pérdida inmensa, nunca bien llorada, la pérdida irreparable de uno de sus más preclaros genios, que no de otra manera se puede calificar al gran paisajista Aureliano de Beruete. Ventajosamente conocido como intérprete

maravilloso de la belleza natural, no lo fué nunca en las intrigas ni habladurías de que tan fecundas son, por desgracia, las antecámaras de los jurados; todo su nombre de artista, nombre envidiable que había sobrepasado las fronteras, lo adquirió como bueno, luchando con la rebeldía de la línea y del color, rindiendo á los milagros de su percepción la salvaje belleza del «aire libre», para pro-

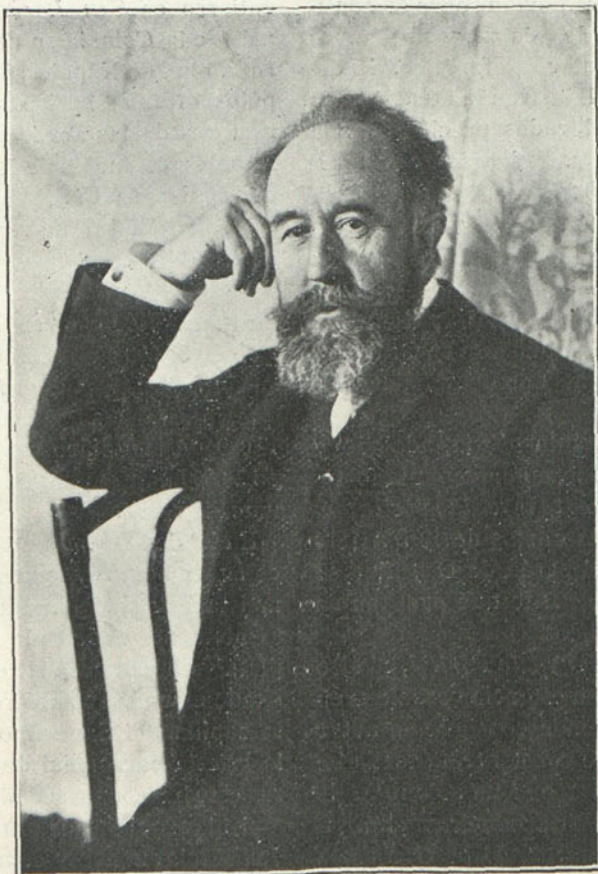
ducir esos admirables cuadros que marcan la profunda diferencia existente entre un pintor de paisajes, como hay tantos, y un buen paisajista, como Beruete lo era.

Su posición, que le hubiera reservado del trabajo duro é incómodo del natural, no fué nunca bastante á encerrarle en su

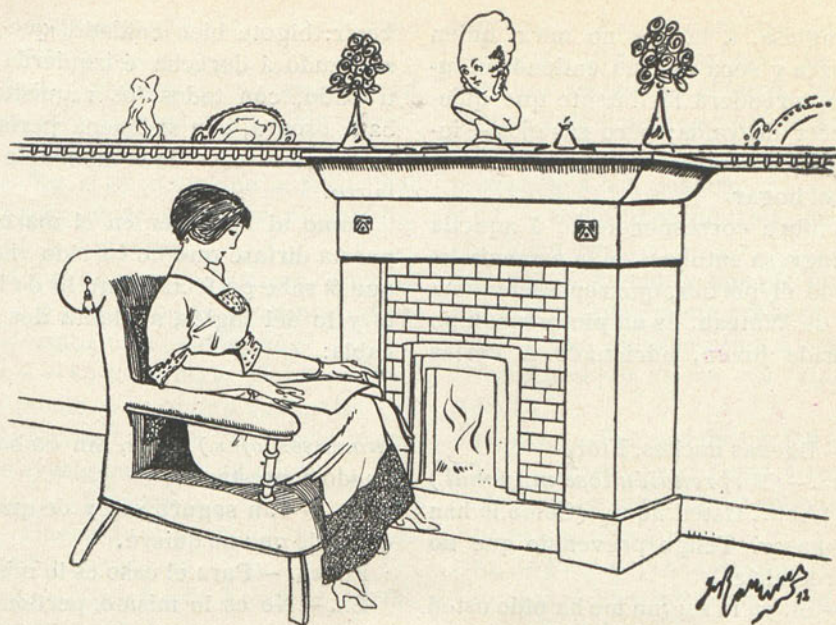
estudio, en vez de desafiar en el campo, como tantas veces, los rigores del tiempo; sus relaciones de familia y amistad con los poderosos de la nación, no le hicieron acogerse á las mercedes oficiales. Siendo como era uno de los artistas más geniales de España, no tenía un sitio en

la Academia, sagrado lugar de los escogidos, en el cual hubiera entrado Beruete á poco interés que mostrara, sin favor ni injusticia.

Dichosos aquellos á quienes la voz extraoficial, la voz que no habla de trámites, de expedienteo, ni de decretos, ni de votaciones nominales, exalta á los elevados puestos de la fama. Esa precisamente fué la gloria del gran artista muerto: haber llegado por obra sólo de



sus portentosos paisajes, dignos de aquel genio que se llamó Haës y tiene hoy un santuario en el Museo Nacional, á merecer la admiración, el respeto, y ahora el llanto, de este coro tan menospreciado que tan bien sabe hacer justicia á los talentos, siquiera sea póstuma.



... QUIEN LA CONOZCA Y SEPA QUE NO ENTIENDE EL INGLÉS, COMPRENDERÁ
QUE QUIERE PARECER DISTRAÍDA

LOS AFECTOS CREADOS

Comedor de buen gusto: zócalos de roble hasta la altura de los ojos; aparador empotrado en la pared, con pequeños cristales biselados, á cuyo través relumbra la plata de las grandes solemnidades. Un chinero con la vajilla cuidadosamente apilada, y una chimenea de la misma cota que el zócalo, sobre la que se alinean algunos objetos de uso masculino.

En medio, la mesa, una pequeña mesa admirablemente presentada, aparece servida con esmero. Dos sillones de brazos altos, para mayor incomodidad, ocupan sus dos frentes. Junto á la chimenea abren sus blandos huecos dos amplias butacas de piel roja con algunos cojines.

Sobre los pisos del aparador, encima del chinero, cubriendo las jarras de cris-

tal de Bohemia y los respaldos sencillos de los sillones alegran la vista minúsculos pañitos llenos de calados y bordeados de encaje; por la ménsula que remata el zócalo de roble á todo lo largo de la habitación, se suceden porcelanas de Sajonia y pequeñas bandejas de plata, con delicada sobriedad; en un rincón, surge de su macetero de bronce el fibroso tronco de una palmera, ornada con un lazo, y en medio de la mesa destácase un centro colmado de flores, claveles de Málaga, rosas blancas. No cabe duda, en aquel cuarto habita una mujer.

La mujer correspondiente á aquel cuarto descansa, como si algo hubiera hecho, en una de las butacas junto á la chimenea, sosteniendo en las rodillas una re-

vista inglesa, á la que no mira; quien la conozca y sepa que no entiende el inglés, comprenderá fácilmente que quiere parecer distraída; pero sus ojos — inmensos ojos azules — se abrasan clavados en el hogar.

El hombre correspondiente á aquella mujer ingresa entonces en la estancia levantando el portier, que representa una escena de Wateau. Es un pintoresco tipo de marido joven, aficionado á verlas

venir: bigote bien cuidado, que amenaza agudo á derecha é izquierda, gabán trabado, con todos los requisitos, corbata oscura, con su buena perla, y polainas claras. No lleva monóculo por milagro.

Como al aparecer en el marco de la puerta diríase que no ha sido visto, aunque él sabe perfectamente lo de la revista y lo del inglés, adelanta dos pasos y habla:

EL. — Buenas noches, Flora.

FLORA. — (*Sorprendiéndose muy mal.*) ¿Eh?... ¡Ah!... Usted aquí... ¿Cómo le han dejado pasar? Tengo prevenido que no puedo recibirle.

EL. — Sí, ya lo se; ¿no me ha oído usted discutir con sus criados?

FLORA. — Entonces, ¿cómo ha entrado hasta aquí?

EL. — Diciéndoles sencillamente que venía dispuesto á pasar por encima de sus cadáveres.

FLORA. — ¡Qué atrocidad!...

EL. — Descuide usted, nunca suele hacerse preciso un recurso tan expedito.

FLORA. — Usted me explicará...

EL. — ¿Cómo no? Cuanto desee. Aunque en buena lógica poco necesito decir.

FLORA. — Pues comience ya y sea breve.

EL. — Soy la concisión personificada, bien lo sabe usted. Esta claridad mía me ha costado no pocos disgustos, amén de conquistarme una fama de cínico, de la cual estoy muy orgulloso. Ante todo, voy á dirigir á usted una pregunta... ¿Con quién tenía usted proyectado comer esta noche?

FLORA. — ¿Necesita usted imprescindiblemente que le conteste en concreto?

EL. — Claro que sí.

FLORA. — (*Una efímera vacilación y un relámpago de mala intención en sus*

inmensos ojos.) Pues, sin embargo, no puedo contestarle.

EL. — Tan seguro estoy de que puede, como de que no quiere.

FLORA. — Para el caso es lo mismo.

EL. — No es lo mismo, perdone usted; porque si no pudiese, yo soy lo bastante discreto para no insistir, mientras que no queriendo, voy á tratar de convencerla de que hace mal.

(*Se despoja, con desenfadado movimiento, del abrigo, que deja con la chistera sobre uno de los sillones, luciendo sin afectación su levita gris, en cuyo ojal florece, á modo de condecoración, una camelia. Saca un cigarro cuya punta siega en el cortapuros de plata que brilla sobre el mármol negro de la chimenea y busca instintivamente la llama del mechero, hallándole apagado. Hace un gesto de naturalidad acompañado de una sonrisa; luego saca sus cerillas, y con una enciende el cigarro y el mechero, dejándose caer en la otra butaca de piel roja.*)

FLORA. — (*Exasperada.*) Se instala usted con toda tranquilidad.

EL. — Sí; es que mi permanencia aquí será larga. (*Chupa conienzudamente su cigarro.*)

FLORA. — ¿Cómo es eso? Para tomar tal resolución se olvida usted de contar conmigo.

EL. — Precisamente iba á explicarme en este momento.

FLORA. — Supongo que no tendrá usted la pretensión de quedarse á vivir nuevamente en mi compañía.

EL. — No, si es eso lo que le preocupa, desde luego puede permanecer tranquila.

FLORA. — Entonces...

EL. — Entonces contésteme sinceramente á lo que acabó de preguntar. ¿Con quién pensaba usted comer hoy?

FLORA. — Creo haberle dicho á usted que no puedo, ó no quiero contestar.

EL. — En ese caso me veré en la precisión de averiguarlo por mí mismo.

FLORA. — ¿Y cómo?

EL. — Haciendo una sencilla deducción: iba usted á comer sola.

FLORA. — (*Queriendo hacer la burlesca.*) ¿Lo cree usted?...

EL. — No me cabe la menor duda.

FLORA. — Ignoro cómo puede haber adquirido tan profunda convicción.

EL. — Muy sencillo. basta fijarse en que sólo hay un cubierto en su mesa.

(*Flora se levanta malhumorada.*)



EL. — Sí, ES QUE MI PERMANENCIA AQUÍ SERÁ LARGA

morada y pasea nerviosa la habitación, mientras él saborea su cigarro con una serenidad estoica. Indudablemente, este hombre es un carácter.)

FLORA. — Supongamos que no hubiese prevenido á mis criados.

EL. — Sería imperdonable; en una noche como esta...

FLORA. — Bueno; y aunque tuviera usted razón, ¿qué intenta probar?

EL. — Eso, que iba usted á comer sola. (*Recalcando lo de iba con triple intención.*)

FLORA. — ¿Por qué dice usted iba?

EL. — (*Apeando el tratamiento.*) Porque ahora ya vas á cenar conmigo.

FLORA. — ¡Me gusta!

EL. — Pues yo, encantado.

FLORA. — Eso no pasará de ser una broma de mal gusto...

EL. — ¡Psch!... No se si de buen gusto ó malo; pero lo cierto es que me quedo aquí.

FLORA. — ¿Se convida usted?

EL. — No es eso precisamente; yo te pido que me admitas á tu mesa esta noche, y tú no me lo niegas.

FLORA. — ¿Y si su presencia me importunase?

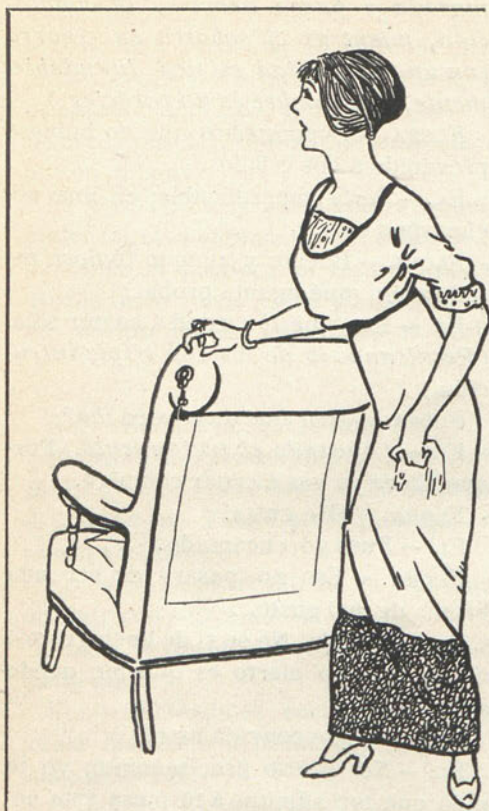
EL. — Por eso te pregunté al principio si pensabas comer hoy con alguien, y he visto que no.

FLORA. — Lo cual debió probarle que me agradaba estar sola.

EL. — Lo cual me prueba que, lejos de tu familia, y no queriendo dar publicidad á nuestra... campanada, no has hallado quien te haga compañía.

FLORA. — (*Dibuja una sonrisa de las que han inventado las mujeres para intentar el disimulo.*) ¿Y como se le ha ocurrido á usted tan generosa idea? (*Con retintín de la peor especie.*)

EL. — No, poco á poco; no todo ha sido generosidad, que también ha habido en esto la mitad por lo menos de egoísmo.



FLORA.—¿NO HEMOS ACORDADO AYER SEPARARNOS DE UNA VEZ Y PARA SIEMPRE?

FLORA.—No me importa lo que haya motivado su ocurrencia. Sólo se que no puede usted quedarse aquí.

EL.—Pues á pesar de eso, me quedo.

FLORA.—Lo juzgo una incorrección.

EL.—Eres muy dueña.

FLORA.—Una falta de delicadeza.

EL.—Conformes; pero ¿quieres explicarme por qué?

(Flora rabia un poco más, exigiendo responsabilidades á un pañuelo de encaje que destroza convulsa entre sus dedos. Luego apoya violentamente una mano en el respaldo de uno de los sillones, como si fuera á defenderse con él; pero el sillón, también estoico, no se mueve, ni de gusto, bajo la mano de nácar que le ha tocado en suerte.)

FLORA.—No creo que sea usted tan frágil de memoria, pero me es indiferente decírselo de nuevo. ¿No hemos acordado ayer mismo separarnos de una vez y para siempre? ¿No hemos dejado ya ultimado cuanto pudiera precisarnos una nueva entrevista con objeto de no tener que cruzar más palabras? Después de lo que me dijeron, no creo necesaria más explicación; por otra parte, su conducta, que usted mismo ha reconocido, nos evita perder el tiempo en divagaciones. Todo está perfectamente claro y definido. ¿Qué espera usted?...

EL.—Que sirvan la comida.

FLORA.—¿Pero así, sin explicar nada?

EL.—Eso, no; estoy dispuesto á justificar todo cuanto sea preciso.

FLORA.—Pues ya estoy escuchando... y sea usted breve.

(En señal de brevedad, él se levanta de la butaca, enciende el cigarro apagado en el mechero, luego arregla los cojines y se acomoda bien, semi tendido, sin que sus brazos, ni su cabeza, queden faltos de apoyo. Llama después al gato, que asoma por el portier su carota negra con ojos verdes, y que viene poco á poco á tenderse delante de la chimenea.)

EL.—Voy á ser breve. Cuando ayer acordamos todo eso de que has hecho mención, yo no reparé siquiera en la cuestión de fecha, limitándome á aceptar complacido lo que tú me proponías, puesto que era tu gusto, y un buen marido nada tiene que oponer á un capricho de su esposa.

FLORA.—¡Un capricho!...

EL.—Bueno, una medida de honor, si tú quieres, de dignidad... ¿no es eso? Conformes... El caso es, que esta tarde, viendo que la Nochebuena se avecinaba, he tratado de tomar mis medidas para no pasarla solo; pero, sí, sí; mi familia está en Biarritz, donde pasa el verano, porque allí no hace calor, y el invierno, porque des-

de que hay allí fiestas, no debe hacer frío; mis amigos solteros, abandonados por mí desde el comienzo de nuestro matrimonio, se han desentendido, claro es, de contar conmigo para nada, y sería imposible dar con el escondite que se hayan preparado para pasar esta noche; finalmente, preciso es decirlo, mis amigas de otro tiempo, después de tres años, en los cuales no me he ocupado de ellas con ningún motivo, son ellas ahora quienes no se acuerdan de mí: unas, se han mudado á sitios desconocidos; otras, han adquirido compromisos más ó menos sólidos; alguna, más rencorosa porque le tocó mi olvido más de cerca, ni quiere recibirme; excuso decirte que no he ido...

FLORA. — ¿De veras?... (*Con la intención de un toro.*) Yo le creía á usted en muy buenas relaciones con esas señoras...

EL. — Tú crearás lo que quieras; pero el caso es que ninguna se acuerda á estas horas de mí. En vista de tal resultado, pretendo pasar la noche solo, á cuyo efecto me voy á nuestro café: le encuentro cerrado; me dirijo á otro y luego á otro: cerrados todos como si fueran las tres de la mañana. En el Círculo, ni un alma; los teatros que merecen tal nombre, no dan función, y en la calle, un frío que pela... Dime qué iba yo á hacer de mi noche.

FLORA. — Y en la duda...

EL. — He considerado que yo estoy en muy distintas condiciones que antes, y que tú eres la causa. Por ti he roto con todos los afectos anteriores, he perdido el contacto de mis amigos y la pista de otras mujeres; luego en esta noche tú tienes el deber de admitirme á tu mesa, cuando ves que ya sobro en las demás.

FLORA. — Sigues con tu costumbre de hablar sólo de ti...

EL. — ¿Es que ya no recuerdas que mi primer pensamiento fué el de saber si alguien iba á acompañarte?

FLORA. — Tú mismo lo dijiste: por discreción...

EL. — Esa discreción no la usa nadie cuando se trata de su mujer.

FLORA. — Una prueba más de tu indiferencia.

EL. — ¡Ah! De eso no hay que hablar. Desde que ayer me propusiste, y yo acepté, la separación, lo menos que puedo yo hacer es permanecer indiferente.

FLORA. — Lo cual es fácil cuando no hay amor.

EL. — Tampoco debe cogerte de susto. ¿No negaste ayer el mío?...

FLORA. — (*Con ganas de pelea.*) Entonces... ¿á qué vienes?...

EL. — Ya te lo he dicho: á comer contigo.

FLORA. — Sigo diciéndote que no puede ser.

EL. — Si lo conozco, no puede ser porque vengo tranquilo, un poco orgulloso y manteniendo cuantas resoluciones me has hecho aceptar anoche. ¿Debía yo venir de otra forma?

FLORA. — Sí, señor: explicándome su conducta, si puede, y dándome sus excusas.

EL. — Mis explicaciones ya te las dí ayer. Ya no me considero tu marido, y juzgo improcedente explicarte más.

FLORA. — Bueno, esta discusión se va prolongando mucho... Lo siento, pero tienes que dejarme porque voy á comer.

EL. — Por eso no te dejo.

FLORA. — (*Inflexible.*) Llamaré al criado.

EL. — ¡Magnífica solución!

(*Flora se levanta y oprime el pulsador del timbre como quien propina un puñetazo. El coloca mejor uno de los cojines y se arrellana de nuevo.*)

FLORA. — Supongo que no querrá usted dar un escándalo.

EL. — ¿Yo? De ningún modo.

UN CRIADO. — (*Levantando el portier.*) ¿Llaman los señores!

EL. (*Madrugando.*) Sí; la señora manda que sirvas la comida.

CRiado. — Al momento.

(*El se ha puesto suavemente en pie y toma el sombrero y el abrigo.*)

FLORA. — (*Al criado que se marcha*) Espere... Llévese el abrigo del señor y

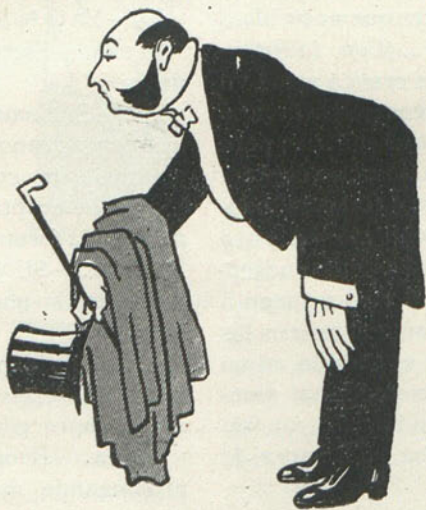
el sombrero á su cuarto. El señor come en casa...

(*Sonrisa del señor para Flora.*)

TELÓN ANTES DE QUE SE VAYA EL CRIADO

RICARDO DONOSO-CORTÉS

DIBUJOS DE RAMÍREZ



EL TEATRO EN MADRID

El espacio mediado entre el día 15 del pasado diciembre y la misma fecha del del corriente enero, se ha caracterizado por una súbita variación de la actividad teatral, que de intensa y vertiginosa en su primera mitad, se ha resuelto en una calma chicha al comenzar la temible cuesta de enero. Memorable será en los fastos de las novedades teatrales el día 23 último: siete estrenos distribuidos en varios teatros de Madrid han motivado que los reventadores dieran en designar con el nombrecito de *La noche triste*, aquella velada cuyas obras, por lo visto no llegaron, según costumbre, á colmar las aspiraciones de la respetable clase.

Anterior y posteriormente varios estrenos sueltos han dividido también las opiniones en lo referente á su aprobación, pues bien sabemos que no es cosa

nueva pronunciarse la crítica en contra del espectador que paga. El público aplaude ó rechaza, según la impresión del momento, según la simpatía del intérprete, la temperatura misma de la sala; mientras que la crítica, todo justicia, y la justicia, todo orden, y el orden, todo procedimiento, como diría el sabio legista de Benavente, juzga con la posible serenidad. Por lo que á nosotros respecta, hemos de emitir nuestra opinión con todo el procedimiento, el orden y la justicia asequibles á nuestras facultades terrenas.

De mes á mes la labor es larga, pero seguiremos el clásico recurso de recorrer la distancia varios, con lo cual, en el caso que nos ocupa, conseguiremos reflejar en estas columnas las impresiones críticas sin el enervamiento y la fatiga de quien toma sobre sus hombros toda la carga.

ESPAÑOL: El Indiano.

La última obra de Santiago Rusiñol, vertida á prosa castellana, limpia y diáfana, por Gregorio Martínez Sierra, es una comedia social cuya tendencia, francamente laudable, es superior al objeto conseguido. Cuando la nación española se despuebla por las abiertas heridas de la emigración y hay regiones cuyos hijos crecen y se educan en ese desmedido anhelo del oro americano, hasta el punto de marchar á aquellas tierras, no solamente los desheredados de la fortuna, sino hasta los jóvenes de un holgado vivir, que prefieren el rudo trabajo corporal y la vida aventurera del destierro al estudio y la labor tranquila dentro de su casa; cuando en esas regiones — véase Galicia, Asturias, Santander y Ca-

taluña — las mujeres jóvenes llegan á arrinconar sus ilusiones, aun en la adolescencia, para soñar con los indianos, rudos y primitivos, viejos y enfermos, pero con buenos pesos apilados en un Banco de allá, el problema reviste un carácter de tal punto grave, que se hace meritoria toda enseñanza encaminada á contener el mal.

El insigne dramaturgo y pintor, que tantos admiradores cuenta en toda España, ha desarrollado al efecto una trama sencilla, que en su fondo constituye la más lamentable verdad. Al indiano que regresa — manteniéndonos en el caso general —, se le espera y se le festeja por su dinero, por la tradición de riqueza que precede á cuantos vienen de América; las mujeres que soñaban con ellos, al lograr ese ideal, se comportan como

enfermeras movidas por un automatismo para el que han sido educadas, con vistas al testamento del indiano; si este vuelve pobre, no hallará en sus parientes sino despego y en las mujeres indiferencia.

Y ese es el caso del protagonista de la última obra de Rusiñol, que después de veinte años de ausencia se encuentra sin amigos, sin calor en la familia y sin el único recurso que hubiera podido hacerle respetar, la fortuna de indiano que vanamente buscó por el lejano continente.

Creo que Rusiñol ha sido excesivamente cruel con su protagonista y demasiado injusto con las gentes de acá. El cambio de actitud de los parientes resulta algo brusco y sus entrañas sólo comparables con las de ciertas fieras carniceras.

Lo cual, no obstante, el dramaturgo catalán ha compuesto tres actos movidos é interesantes en su desarrollo, dando fin al segundo con un hábil recurso del mejor efecto.

Borrás hizo admirablemente la parte del infortunado indiano; Lola Bremón; Teodora Moreno y la señora Sánchez Ariño, con Puga, en primer término, Ruiz Tatay, Viñas, Cantalapiedra y López Alonso, merecen los honores de la mención especial en la jornada.

COMEDIA: La Divina

Providencia * * * * *

El gracioso «vandeville» *Panachot, gendarme*, importado á la escena española con el nombre de *La Divina Providencia*, no ha perdido nada de su ingenio y sí buena parte de las crudezas tan abundantes en el expresado género francés. La labor de Paso y Abati en esta versión ha sido principalmente labor de lija y adaptación del retrúecano; por lo demás, el autor del juguete cómico ha dejado en sus manos urdido el éxito de éste en España con una trama que en ocasiones reviste cierta facilidad infantil.

Un amable gendarme — ¡ay!, enamorado —, protege á su vez los amores que un hijo y una sobrina de su comandante han cifrado, independientemente, en un poeta y una viudita; por favorecer los desig-nios de ambas parejas, olvida sus más sagrados deberes, falta á las ordenanzas y desobedece á los superiores. Pero la divina Providencia vela sobre el honrado Panachot y dispone las cosas de manera



LA SEÑORITA PEREZ DE VARGAS EN «LA DIVINA PROVIDENCIA»

que cada una de estas faltas parece constituir un acto meritorio; con lo cual, aunque no para en toda la obra de cometer enormidades, tampoco cesa de recibir plácemes y recompensas por sus buenos servicios. De esto vemos muchos casos en la vida; desde el jumento que tocó la flauta, por casualidad, hasta el moderno genio, ensalzado por algún raro capricho de la misma Providencia, que á este paso va á perder, su característica de justa, son infinitos los Panachots diseminados por el mundo.

Ya sabemos la afición que el público de la Comedia muestra hacia estos asuntos de humorismo, y no hemos de decir cuánto celebró las andanzas del feliz gendarme.

La bellísima

actriz Mercedes Pérez de Vargas, cuya elegancia es modelo de elegancias en nuestra escena y cuya gracia encantadora la hace digna del primer lugar que ocupa, obtiene de su papel un partido superior en mucho al que le dejaron disponible sus autores de allá y de aquí. Adela Carbone é Irene Alba, sumamente acertadas.

Bonafé nos demuestra en el de Panachot sus grandes talentos de comediante:

es un verdadero actor de «vaudeville». Muy bien Zorrilla, Mendiguchía y Asquerino y regular los demás.

PRINCESA: El Alcázar
de las Perlas * * * *

El estreno en el escenario de Madrid de esta hermosa tragedia, perteneciente á la clase de las llamadas á regenerar nuestro teatro poético, ha sido hasta ahora el acontecimiento de la temporada.

Al inaugurar sus tareas en el espléndido coliseo de la calle de Tamayo la compañía de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, venía precedida por la noticia de un triunfo alcanzado en Granada y legítimamente refrendado en diversas provincias



MENDIGUCHÍA Y MERCEDES DE VARGAS EN «LA DIVINA PROVIDENCIA»

antes de llegar á la corte, contra la costumbre largo tiempo mantenida de reservar á nuestro público las primicias de toda producción destinada á brillar en los escenarios de Madrid. La fama de Villaespesa, el poeta magnífico, figura suprema de la lírica española, unida á las referencias de aplausos y homenajes que llegaban hasta nosotros desde las viejas capitales del mahometismo es-



ESCENA FINAL DEL PRIMER ACTO DE «EL ALCÁZAR DE LAS PERLAS»

pañol, habían encendido una gran curiosidad de conocer esta primer obra teatral de un talento ventajosamente probado en los volúmenes de composiciones cortas.

El asunto de esta leyenda, aunque no pasa de ser una de tantas narraciones de amor y de celos, de represalias y de sangre, de que tan fecunda es la crónica de la dominación árabe en España, es lo suficientemente rico de pasiones hondas, odios y amores violentos, para que su realización, en verso, constituya una gallarda muestra de capacidad poética.

Junto á estos complejos sentimientos, en que se retratan vigorosamente la guerra de las armas y la menos leal de los rencores, florece en un suave tinte de delicadeza el idilio de la dama enamorada de su artista visionario, un amor todo abnegación y todo ternura, que les une con un lazo más fuerte que el poder y que la muerte misma.

Todas las figuras del poema ofrecen transparentes su psicología meridional, que tan varios cambiantes pone sobre los sentimientos de cada uno.

Alhamar, el emir justo y clemente,

conquistador de glorias para el Islam y protector de las artes y las letras; Sobeya, la gentil soñadora, alma de fuego que sacrifica su vida á la gloria del hombre que ama; Zahara que responde como un eco del desengaño á la kasida amorosa de aquélla; el alarife Azhuna, creador de un maravilloso alcázar que vislumbra en los celajes del crepúsculo, mientras la voz del *muezzin* llama á la oración vespertina; el walí Abu-Ishac, guerrero formidable, terror de cristianos y orgullo de agarenos, carácter violento y audaz, temerario y cruel, que en vano trata de rendir sus ímpetus al amor de la hermosa Sobeya, que llega por ella hasta el crimen y acaba por sentir en el corazón el frío penetrante de su puñal; todos los caracteres del drama son creaciones de poeta, de un poeta de imaginación florida, de alma como la de ellos asequible á todas las emociones de la raza conquistadora y romántica.

Villaespesa no necesitaba de su hermosa última obra para acreditarse como dominador portentoso del verso, pero después de oír los que ha puesto en *El Alcá-*

zar de las Perlas, después de escuchar las tres canciones al Amor, á las Fuentes de Granada, y á las ruinas de Ilíberis, el público entero tiene que rendirse á la admiración de su genio.

De los comediantes hay mucho bueno que decir. María Guerrero se manifiesta como la actriz inmensa, la emperatriz de la escena española; cuantas sensaciones ha soñado el poeta al crear su Sobeya dulce y apasionada en su amor, férrea é implacable en la venganza, han hallado en la gran artista su interpretación justa, sobria, rebotante de sentimiento y de verdad.

Los idiomas extraños podrán quizá tener magníficas actrices para dar vida á las concepciones de sus poetas; pero seguramente ninguna puede superar á los méritos de nuestra excelsa trágica. El papel desempeñado por Fernando Díaz de Mendoza obtuvo todo el relieve de que era susceptible, y aún adquirió mayor lucimiento en manos del insigne actor; poco es cuanto se diga de la verdad, el fuego y la exquisita dicción puestas por él en los hermosos versos de Villaspesa.

Otro tanto podemos decir de Emilio

Thuillier, temerario, rudo y orgulloso, como convenia al carácter del wali rebelde. E igual que los anteriores, las señoritas Gelabert, Adamuz y Riquelme, la señora Salvador y de ellos Cirera, Juste, Montenegro, Gonzálvez y Guerrero.



LORETO PRADO Y CHICOTE EN «LOS JUGLARES»

TRISSOTIN

CÓMICO: * *

Los Juglares.

Los Juglares, tiene carácter de opereta. La obra es mansa, delicada, pertenece al verdadero teatro de arte español, con el ambiente y los personajes admirablemente creados.

La acción transcurre suave y callada. El público se conforma con la poca energía de las figuras y no exige mayor intensidad en las situaciones porque su espíritu se extasia con la cadencia de los

versos que brotan armoniosos y dulces de los labios de los juglares como trinos de amor.

La fábula es linda y sencilla.

Un magnate castellano envía sus mesnadas á combatir contra los enemigos. En la lucha muere el jefe de las fuerzas y toma el mando de los soldados un hombre ruín y artero, pero de gran valor.

La hija del caballero castellano se enamora del rufián que regresa vencedor al mando de las tropas, y éste, ante el ofrecimiento de recompensas que le hace el magnate, en premio á su heroísmo, solicita únicamente la mano de su hija, petición que le niega el barón indignado, obligándole á salir de su castillo.

El rufián concerta la huida con su amada; pero un humilde juglar que ama á la vez á la dama la libra al fin de la deshonra. El desenlace es trivial y poético.

El maestro Giménez ha escrito una partitura muy discreta, á veces hermosa, sobre todo en el segundo acto ha hecho un vigoroso alarde de arte é inspiración en el dúo que cantan con mucho gusto la Franco y Alonso, una trova modulada por éste con suma delicadeza y una cancioncilla picaresca que canta Loreto superiormente.

También sobresalieron los couplés de los cocineros, número muy bonito de la obra.

Loreto declama los hermosos versos de *Los Juglares* de una manera magistral. Hay muchos que saben decir bien los versos; pero sintiéndolos ¡qué pocos artistas!

Chicote, con su acostumbrada gracia,

realizó con oportunas inflexiones de voz, unos versos cómicos que producen buen efecto y le valen sus correspondientes aplausos.

Al terminar el primer acto leyó el viejo juglar un bello soneto de Asensio Mas, dedicado á la memoria de su malogrado compañero Fernández Shaw.



UNA ESCENA DE «LA MUJER DIVORCIADA»

En la representación se distinguieron la señora Castellanos y los señores Castro, Ripoll, Ortiz, Delgado y Morales.

Al final de los actos fueron muy aplaudidos Asensio Mas y el maestro Giménez, que salieron repetidas veces á recibir los honores del proscenio.

ESLAVA * *

La mujer di-

* divorciada. *

Es el último éxito del teatro Eslava, esta obra, no del todo desconocida en Madrid, pues fué puesta en escena por una compañía ex-

tranjera. José Juan Cadenas ha sacado todo el partido posible del libreto, que literariamente deja mucho que desear y tiene verdaderos colmos de inverosimilitud, aun dentro del disparatado reino de la opereta y situaciones cómicas de poca gracia.

La música es bonita, y en ello, juntamente con la habilidad de los artistas, bastante acertados en la interpretación de sus

papeles, estriba la aceptación dispensada por el público.

TEATRO CERVANTES

Los reyes pasan. * * *

Zamacois es un excelente novelista, que lleva algunas veces al teatro sus finas observaciones psicológicas y su estilo pulido y elegante, pero indudablemente, como todos los novelistas, es poco dramaturgo.

Su obra última *Los reyes pasan*, es un bonito propósito de Pascuas, inspirado por agrídules reflexiones sobre la vida. Todos en ella esperamos á los Reyes Magos de la ilusión; para todos trae el girar de los años deseos nuevos, anhelos de algo que no está en nuestra mano conseguir, y para todos trae el tiempo algo inopinado, algo que sorprende grata ó dolorosamente.

Todo es bello, pero llevado á la escena, con escaso movimiento, y personajes poco definitivos, no es lo más á propósito para triunfar en el teatro.

La compañía representó la obra con esmero y buena voluntad.

GARCÍA DEL CASTAÑAR

ESPAÑOL: Lady Godiva.

Una leyenda medioeval inglesa, con toda la absurda trama de las leyendas antiguas, sirvió á Tennyson para escribir un hermoso poema. Linares Rivas, nuestro fecundo y aplaudido dramaturgo, maestro de la forma pulida, y dominador elegante de la técnica teatral, ha aprovechado esta leyenda, modificándola en el

sentido de hacerla más humana y, si se quiere, más moral, y acomodándola, á la vez, á nuestra escena, engarzada en flúidos y sonoros versos, ofreciéndola al público del teatro Español, que la recibió benévola, más que por íntimo convencimiento, por premiar debidamente la meritoria labor de Linares Rivas, que, si ha podido equivocarse en la elección de asunto para su obra, ha sabido, en cambio, vestirla con las galanuras de su poética y con una presentación escénica de efecto indiscutible.

El argumento que fundado en el expresado poema ha desarrollado Linares, reviste una gran sencillez. El duque Flo-rigdor ha conquistado la ciudad de Coventry poniendo presos á sus notables, entre los cuales se halla lord Godiva, que será muerto con los demás si su mujer no sacrifica á la salvación de todos su propio pudor cruzando enteramente desnuda la ciudad hasta el monasterio donde el duque se hospeda, extraño capricho, idea de orgía que el conquistador impone á la noble dama.

En el difícil trance, el amor de ésta á su esposo y á sus infortunados conciudadanos se sobrepone á todos los escrúpulos y decide, en un rasgo sublime de generosidad, sacrificarse para salvarlos. Sentada sobre un corcel que otra mujer lleva de la brida, y dando al aire las púdicas líneas de su desnudo, cruza, en efecto, Lady Godiva las calles de Coventry en dirección al monasterio; pero á esta generosidad responde el pueblo con su delicadeza,



D. MANUEL LINARES RIVAS, AUTOR DE LA OBRA

y al pasar la dama en la cruel exhibición, todos los habitantes permanecen dentro de sus casas, todas las ventanas aparecen vacías; la ciudad respeta el pudor de su noble mujer. Sentimientos ambos que excitan la pie-



LA SEÑORITA BREMÓN EN LA ESCENA CULMINANTE

dad del duque y éste recibe a Lady Godiva con los ojos vendados.

Lola Bremon, la gentil actriz, supo obtener todo el partido posible del papel principal, mostrándonos toda la delicadeza de una gran artista.

TRISSOTIN.



LORD GODIVA (SR. CODINA) Y LADY GODIVA (STA. BREMÓN), CON LOS DEMÁS PRISIONEROS

DEL ESCENARIO

Bajo este epígrafe inaugura hoy sus tareas críticas de atrezzo, indumentaria y decorado, nuestro colaborador MAMBRINO. Ventajosamente conocido este pseudónimo, tras el que se oculta un docto catedrático de arte, constituye una
 ♦ ♦ ♦ ♦ ♦ *garantía para los lectores de PHAROS.* ♦ ♦ ♦ ♦ ♦

Lector: Yo no sé si será de tu agrado el título de la sección desde la cual hoy tengo el honor de dirigirme á tí por primera vez; pero sean los que fueren tus gustos en materia de rotulaciones, aplaza, caso de que exista, tu enfado, y léeme. Ya procuraré que, si no en ésta, halles en mis crónicas sucesivas motivos que sepan como manjar sabroso y bien sazonado á tu paladar artístico.

Para que tú y yo intimemos de una vez ya, á más de tutearte, voy á franquearme contigo. Franqueza mía, que dispensarás, sin duda, en gracia á la saludable intención de que es hija. Obligado, pues, á ti, prescindo de justificaciones y entro de lleno en mi asunto.

Asunto es este *del escenario* que merece mayor atención de la que le conceden los críticos de teatros, los de arte, los directores artísticos y los de escena. Asunto que, en repetidas ocasiones, suele revelar la incultura-ambiente; cosa explicable, y lo que es peor, indiscutable, en una crítica que se cree estar en posesión de todos los secretos.

Las ideas que me permito usar respecto *del escenario* no son nada terribles. Si se me fuerza, declararé que ni siquiera son personales. No las veo, sin embargo, lo bastante difundidas por ahí para que haya de reemplazarlas por otras más originales ó menos desgastadas.

Quizás un hombre de teatro, un hombre de los que todo lo fian á la habilidad y al convencionalismo, tache, acaso, de con-

vencional mi posición particular. Mas no por ello desvirtuará mis razones ni mis puntos de vista.

En mí encontrarás, lector amable, un suave enemigo de la propiedad escénica, al modo que habitualmente la entienden por esos teatros. ¡La propiedad escénica! Mejor fuera decir la impropiedad escénica, y así, á lo menos, no mentiríamos. Es muy curioso oír hablar del rigor histórico, de los anacronismos en trajes y en decorados, y de una serie abundante de zandajas pintorescas erigidas en dogmas estéticos, de bambalinas y embocadura para adentro. Es tan curioso ó más leer cuanto se escribe acerca de lo mismo; el desconocimiento de lo que tales cuestiones entrañan, adquiere en las plumas de los críticos una fuerza de afirmación estúpida.

Desde que la orientación realista impera en la escena, se vienen sancionando con unánime aplauso una cantidad de horrores y de herejías artísticas inverosímiles. Yo, que voy poco al teatro, principalmente porque detesto la incultura *enciclopédica* de los actores, me asombro de las grandes tragaderas del público.

No aludo á la indumentaria, que es uno de los capítulos en donde todo estrago se disculpa. El decorado, tema de mi alusión, me suministra ejemplos harto representativos.

Asistimos, *verbi gratia*, á una obra, refundida, de nuestro teatro clásico. El sabor de época, no de la época que con-

cibió el autor, sino el riguroso, el auténtico sabor de época, se patentiza en las decoraciones. Los escenógrafos, si bien conocen su oficio á maravilla, se documentan demasiado; la ciencia de *fusilar*, en la cual son extremadamente hábiles, les hace reunir en un solo telón cuantos elementos han sorprendido en fructíferos ojeos por las láminas de las ilustraciones artísticas ó al través de fotografías sin cuento. Imaginémonos una tragedia griega, «arreglada» — y esto es mucho imaginar — por uno de nuestros poetas románticos: si ha de aparecer en escena un templo, el Partenón se le antojará poco al pintor. Si de un palacio se trata, el artista nos servirá en una pieza cuantos tipos y algunos más hayan estudiado Perrot y Chipiez en su magna historia del *Arte en la antigüedad*. A medida que el escenógrafo acredita su cultura — desconfiad de los que, además de escenógrafos, son profesores —, el sabor de época se va convirtiendo en empacho de época. En cierta decoración de las que privan hay material suficiente para seguir todo un curso de arquitectura; tal detalle romá-

nico, ensamblado con tal otro gótico, con tal otro árabe, te llevarán, caro lector, á maldecir de la erudición que, de puro «copiosa», lo desnaturaliza todo. Copiosa queda escrito; pero entiéndase ese término en un sentido de excesiva copia, de aguerrido fusil.

En el teatro actual nada debe asustarnos. Con todo, se ha progresado; los tiempos no pasan en vano, y lejos de nosotros están aquellos días en que admirábamos á las coristas del Real ataviadas con mantilla blanca, como para ir á los toros, en el segundo acto de *Tannhäuser*.

Mis teorías sobre la arbitrariedad teatral, en cuanto á la parte literaria y en cuanto á la *mise en scène*, no son para expuestas de una vez. Por lo que hoy, bondadoso amigo, no me atreveré á formularlas ni aun en líneas generales. Basta con el anuncio de ellas en estas páginas, y con la formal promesa de ocuparme en poner cátedra, y hasta paño de púlpito, si alguien lo prefiere, desde el número próximo de PHAROS. Hay mucho que decir *del escenario*.

MAMBRINO



FRANCISCO VILLAESPEA



El Alcázar

de las Perlas.

(FRAGMENTOS DE ALGUNAS ESCENAS)



ACTO PRIMERO

SOBEYA.

¿Conoce alguien el amor?
El amor es sueño sin fin,
es como un lánguido sopor,
entre las flores de un jardín...
¿Conoce alguien el amor?
Es un anhelo misterioso
que al labio hace suspirar...
Torna al cobarde en valeroso
y al más valiente hace temblar.
Es un perfume embriagor
que deja pálida la faz...
Es la palmera de la paz
en los desiertos del dolor.
¿Conoce alguien el amor?
Es una senda florecida...
Es un licor que hace olvidar
todas las glorias de la vida
menos la gloria del amar.
Es paz en medio de la guerra,
fundirse en uno siendo dos.
¡La única dicha que en la tierra
á los creyentes les da Dios!
¡Quedarse inmóvil y cerrar
los ojos para mejor ver,
y bajo un beso adormecer
y bajo un beso despertar!...
Es un fulgor que hace cegar...
Es como un huerto todo en flor
que nos convida á reposar...
¿Conoce alguien el amor?

LEILA HASSANA.

¡Todos conocen el amor!
¡El amor es como un jardín
envenenado de dolor
donde el dolor no tiene fin!
¡Todos conocen el amor!
Es como un aspid venenoso
que siempre sabe emponzoñar
al noble pecho generoso
donde le quieren calentar.
Al más leal hace traidor.
Es la ceguera del abismo,
y la ilusión del espejismo
en los desiertos del dolor..
¡Todos conocen el amor!
Es laberinto sin salida,
es una ola de pesar

que nos arroja de la vida
como á los náufragos el mar!
Provocación de toda guerra,
sufrir en uno lo de dos..
¡La mayor pena que en la tierra
á los creyentes les da Dios!
Es un perpetuo agonizar,
un alarido, un estertor,
que hace al más santo blasfemar...
¡Todos conocen el amor!

SOBEYA.

Las fuentes de Granada...
¿Habéis sentido
en la noche de estrellas perfumada
algo más doloroso que su triste gemido?
Todo reposa en vago encantamiento
en la plata fluida de la Luna.
Entre el olor á nardos que se aspira en el viento
la frescura del agua es como una
mano que refrescase la sien calenturienta.
El agua es como el alma de la ciudad. Vigila
su sueño y al oído
del silencio le cuenta
las leyendas que viven á pesar del olvido
y bajo las estrellas de la noche tranquila
tiene palpitaciones de corazón herido.
¡La voz del agua es santa!
Quien la profunda música de su acento adivina
comprenderá algún día la palabra divina.
El agua es guzla donde Dios sus misterios canta.
Las fuentes de Granada...
¿Habéis sentido
en la noche de estrellas perfumada
algo más doloroso que su triste gemido?
Una, gorgoteante, suspira entre las flores
de un carmen, esperando la mano de un ensueño
que abra á la blanca Luna sus claros surtidores
para dar á la noche sus diamantes de sueño;
y mientras, una á una, sobre el mármol desgrana
las perlas de sus ricos collares de Sultana.
Algunas se despeñan con ecos de torrente
y entre las alamedas descienden rumorosas
arrastrando en el vivo fulgor de su corriente
en féretros de espuma cadáveres de rosas.
Otra, por las paredes resbala lentamente,
y entre las verdes hiedras lagrimear se siente,
como si, poco á poco, por una estrecha herida

se fuese desangrando hasta quedar sin Vida.
 Las hay ciegas, y en ellas,
 llora toda la móvil plata de las estrellas.
 Hay en el aire tanta humedad que da frío...
 La noche un fresco aroma acuático deslie...
 El agua llora, gime, suspira, canta y ríe
 y dominando el gárrulo y eterno murmurio
 se oyen plañir las roncadas serenatas del río.
 La sangre de Granada corre por esas fuentes
 y en el hondo silencio de las noches serenas,

al escuchar sus músicas sobre los viejos puentes,
 la sentimos que corre también por nuestras venas.
 Aduerme nuestro espíritu su musical encanto
 bebemos el ensueño de sus respiraciones,
 penetra hasta la carne en lentas filtraciones
 y huye por nuestros ojos en un furtivo llanto.
 Las fuentes de Granada...
 ¿Habéis sentido
 en la noche de estrellas perfumada
 algo más doloroso que su triste gemido?

ACTO SEGUNDO

ABU ISHAC

(Con tristeza desesperada.)

¡Como un perfume que arrebató el viento
 pasaron para mí las horas bellas!
 Mis sombras alumbraron un momento
 con sus ojos de plata las estrellas;
 mas fuéronse apagando, una por una,
 y la noche envolvió mi pensamiento
 y abandonó mis pasos la fortuna.
 Como si fuese agua, la alegría,
 entre mis manos para siempre ha huído,
 y hoy es mi corazón copa vacía...
 ¡todo cuanto anhelaba lo he perdido!
 ¡Oh! ¿Quién me arrebató mi única prenda,
 joyel fulgente de esmeralda y oro?
 ¿Qué pie descalzo penetró en mi tienda
 á robarme en la noche mi tesoro?
 ¿Para qué mis corceles, esos nobles
 hijos del viento? ¿Para qué mi espada
 capaz de un tajo de segar los robles?
 ¡Tan enemiga se mostró la suerte,
 que en mi estéril dolor no anhele nada
 sino el olvido eterno de la muerte!

OMAR

Todo humano dolor tiene esperanza.
 El hombre valeroso no se abate
 en tanto pueda manejar la lanza
 y triunfar ó morir en el combate.
 ¿Qué has hecho, di, de tu poder? ¿No siente
 tu corazón la antigua fortaleza?
 ¡Ya la arrogancia ha huído de tu frente
 y tus ojos perdieron su fiereza!
 De tu padre el valor se ha sepultado
 con él en el sepulcro, y en las venas
 la sangre generosa se te ha helado...

¿Quién, león, ha cortado tus melenas?
 ¡Ah, si tu padre abandonar pudiese
 el reino pavoroso de la nada,
 el rostro de vergüenza se cubriese
 viendo su sangre tan degenerada!

ABU ISHAC

(Con voz emocionada.)

Escucha, escucha, Omar. ¿Viste á Sobeya?
 Si deslumbró tus ojos su hermosura,
 ¿pudiste ver, después, cosa más bella?
 ¿Puede existir otra creación más pura?

(Al recuerdo se exalta.)

Parecen sus guedejas desprendidas,
 al proyectar sus sombras en la tierra,
 el estandarte de los Abbasidas
 que conduce los fieles á la guerra.
 ¡Petos no hay que resistir lograran,
 ni en Bagdad ni en Damasco fabricados,
 las flechas tenebrosas que disparan
 los negros en sus ojos emboscados!
 Su hermosura es altiva ciudadela
 que al asalto y al ímpetu provoca...
 ¡Es fina y ágil como una gacela
 y tan dura y tenaz como una roca!

(Pausa breve. Recordando.)

¡Vagaba yo una noche, meditando
 proezas dignas de humillar la fama,
 por los jardines del alcázar, cuando
 en mi camino apareció una dama!
 Su fino velo levantóse al viento,
 y contemplé su rostro pensativo
 blanco de luna... ¡Desde aquel momento
 no sé si vivo en mí ó en ella vivo!
 ¡Y desde entonces se eclipsó mi estrella,

y oculta pena el corazón me hiere
sin esperanza, porque soy de aquella
tribu indomable que de amor se muere!

(Con desesperación.)

¡Bajel sobre los mares zozobran-
te, tan sólo aguardo, en mi dolor tan hondo,
que se abran las olas un instante
para enterrar mis penas en su fondo!

OMAR

(Animándole.)

¡Jamás te entregues á la adversa suerte;
libra de esas tristezas tu memoria!
¡La gloria y la mujer aman al fuerte,
y al cobarde desprecia la victoria!
Da al olvido la causa de tus males
y recobra la paz, pues las hermosas
doncellas son lo mismo que rosales
que á todos los que pasan les dan rosas.

ABU ISHAC

(Con celosa expresión.)

Ella tan generosa es con Azhuna
como avara y colérica es conmigo...

OMAR

(Riendo desdenosamente.)

¿Ella al lado de Azhuna?... ¡Es como una
fresca rosa en las manos de un mendigo!

ABU ISHAC

(Con tristeza.)

Al Alarife, nuestro Emir exalta
sobre todos. Su mano se la entrega...

OMAR

(Energicamente.)

¿Hay espiga, Abu Ishac, aun la más alta,
que respeten las hoces en la siega?
¿Qué te importa, Alhamar? Tú eres más fuerte...
Contra su trono tu poder descarga...
¿Las flechas sibilantes de la Muerte
no conocen la fuerza de tu adarga?
Tu pendón flota en veinte baluartes,
tienes más grandes hechos en tu abono...
¡Alza contra Alhamar sus estandartes,
y á la par que tu amor, conquista un trono!
Todo está preparado... Cien facciones
se alzarán por nosotros... ¿Qué más quieres?

¡Es hora de luchar como varones
y no de sollozar como mujeres!

ABU ISHAC

(Exaltado, como si renaciese
en él toda su indómita bravura.)

¡Te sobra la razón, Omar! Es hora
de volver por la fama de mi nombre...
¡Maldito aquél que, cual las hembras llora,
pudiéndose vengar igual que un hombre!
Nada habrá de ceder á nuestro empuje...
Resuenen ya las cajas militares...
¡Ahora verán cómo despierta y ruga
el león orgulloso de Comares!

ALHAMAR

(Cariñosamente.)

¡Vuelve en ti, noble Azhuna !Tu ánimo recu-
[pera;
en tu auxilio de nuevo llama á la inspiración...
El mágico conjuro de tu cincel espera
para surgir del caos la más bella creación!

AZHUNA

(Con desaliento.)

¡No puedo, Emir, no puedo! Es inútil... En
[vano
esta mano crispada mi altiva sien golpea.
¡La realidad del sueño es agua entre mi mano
y la forma indomable se rebela á la idea!

ALHAMAR

¿Aspiras, por ventura, á más rico tesoro?
Pídemelo cuanto quieras... ¡Para recompensarte
yo vaciaré mis arcas, aun cuando todo el oro
de la tierra es bien poco para pagar tu arte!
¿Es que al amor despiertas y sed de besos tie-
[nes?...
¿Te hablaron ya los nardos de carnes de don-
[cellas?...
Habla... ¡Mis propias manos te abrirán mis ha-
[renes,
para que en ellos busques las vírgenes más be-
[llas!
¿Ceñir quieres la altiva corona de Granada?
Dílo, Azhuna, y yo mismo la prenderé á tu
[frente.

AZHUNA

(Desoladamente.)

Ni riqueza, ni honores, ni amor... ¡No quiero
[nada!
¡Tu amistad me ha colmado de todo regia-
[mente!

ALHAMAR

¿Por qué entonces mis súplicas no atiendes?

AZHUNA

(Con un gesto de impotencia)

¡Bien quisiera,
pero en mis horizontes la luz del sol declina,
no me queda un rayo, ni un reflejo siquiera
que escanciar en la roja copa de tu colina!
En vano llamo al genio nocturno. En vano in-
[voco
los creadores relámpagos que iluminan la mente...
Las sombras, sobre el alma, descienden poco á
[poco...
¡Soy mudo que agoniza sin decir lo que siente!

ALHAMAR

Húndete de las dudas en las olas bravías,
y encontrarás las perlas...

AZHUNA

¡Encontrarlas anhelo!
Me hundo en el mar, y salgo con las manos va-
[cias.
¡Dios no lo quiere!... ¡Cúmplase la voluntad del
[cielo!

ALHAMAR

(Gravemente.)

Es inmutable, Azhuna, el fallo del destino...
Escrito está con astros sobre inmortal zafir...
Cada espíritu tiene marcado su camino...
¡Todo cuanto está escrito se tendrá que cum-
[plir!

(Queriendo convencer á Azhuna.)

Recuerda; yo era sólo un mísero mancebo,
huérfano que labraba mis tierras en Arjona,
y ahora, ya ves, prendida sobre el turbante
[llevo
de Granada ¡la regia y sin igual corona!

(En voz más baja, paternalmente.)

¡La voluntad suprema ha unido nuestra suerte!
Yo soy mina que arroja los ásperos metales,

y tú eres el artífice cuyo cincel convierte
el metal tosco y duro en joyas inmortales.
¡No te amilanes nunca! Inspiración te sobra
para dar feliz término á la empresa intentada;
¿ó dejarás que muera, sin acabar tu obra,
el florón más espléndido de la hermosa Granada?

AZHUNA

(Emocionado y lleno de en-
tusiasmo.)

Es verdad, mis cinceles han creado portentos,
sutiles minaretes y altivas atalayas.
¡Di á Granada corona de ricos monumentos
y le ceñí un purpúreo cinturón de murallas!
En la Colina Roja acumulando he ido
todo cuanto de bello pudo soñar el arte.
Un alcázar de hadas mi cincel ha tejido
dentro de las murallas de un fuerte baluarte.
Fulgen sobre sus muros cabalísticos giros;
del amor y el ensueño agrandé los confines,
labrándote este vivido estuche de zafiros
para las esmeraldas de tus regios jardines!

(Como en un sueño.)

¡Mas yo soñé otro alcázar, divino y refulgente
donde en constante fiesta y en un perpetuo estío,
como en el Paraíso prometido al creyente,
ni el calor se sintiera ni se notase el frío.
Un alcázar de fúlgidos y etéreos pabellones,
con fuentes de alabastro y lámparas de oro,
en cuyos patios, llenos de aromas y canciones,
al son de ocultas músicas, en armonioso coro,
tejan danzas de amores odaliscas lascivas,
y los ojos se entorren de placer para verlas,
y donde el agua corra en gotas fugitivas
semejando una lluvia de desatadas perlas!

(Abatido de pronto.)

Llegué á tu trono en una tarde de primavera
embriagado de orgullo á ofrecerte mi sueño...
¡Me diste medios para realizar mi quimera,
y hoy renuncio á lograrla sintiéndome pequeño!
Me vuelvo á mis tinieblas, sin gloria y sin lau-
[reles...

Los cielos han querido castigar mi insolencia...
¡Ya mis manos no pueden sostener los cinceles,
y los rompo á tus plantas en señal de impo-
[tencia!

ALHAMAR

(Reconfortándole.)

¡Jamás nos brinda en vano sus dones la For-
[tuna!
¿Que obstáculos se oponen á cumplir mi de-
[manda?

¿Qué anhelas? ¿Qué pretendes?... ¡Responde
[pronto, Azhuna!
¡Tu amigo lo suplica y tu Emir te lo manda!

AZHUNA

(Como el que se decide á revelar un secreto.)

¡Pues bien, yo necesito atravesar la tierra
desde Oriente á Occidente, del Norte al Me,
[diodía-
para estudiar el arte que cada pueblo encierra
é impregnar de otro nuevo vigor mi fantasía!
¡Quiero estudiar las huellas que otros cultos de-
[jaran,
de todos los misterios penetrar los arcanos,
y te alzaré un alcázar como jamás soñaran
ni los genios celestes ni los dioses paganos!

ALHAMAR

¿Y esa es la sola causa que tu dolor provoca?
Mis riquezas son tuyas... Partir puedes mañana...
¡Torna presto á traerme el joyel de mi toca!

SOBEYA

Aquí me tienes. ¿Qué me quieres?

AZHUNA

(Timidamente.)

Tengo que darte una noticia...

SOBEYA

(Sorprendida.)

¿Una noticia?

AZHUNA

¡Mas tan triste,
que el labio no quiere decirla!

SOBEYA

(Con ternura.

Pues, habla, Azhuna... Esa tristeza,
en siendo tuya será mía...
¡Siendo de dos una tristeza,
ya no es tristeza, es alegría!
Dime, ¿qué pasa?

AZHUNA

(Tristemente.)

Fatigado

de no poder dar forma y cima
al gran ensueño de mi alma
hablé al Emir de mi partida...
¡La inspiración que aquí no encuentro
voy á buscar en otros climas!

SOBEYA

(Con alegría.)

¡Parte, abandona estos lugares,
tiende tu vuelo, golondrina,
ya que la nieve cubre el monte
y los rosales se marchitan!

AZHUNA

(Con voz trémula de dolor.)

Mas, ¿dónde iré, si aquí me dejo
mi sol, mis ojos y mi vida?

SOBEYA

(Con infinita ternura.)

Mas, ¿quién te ha dicho que irás solo?
Yo alegraré tu compañía;
seré en tus manos como un báculo,
y con mi amor y mis caricias,
de los zarzales del camino
te iré quitando las espinas.
Y si á tus ojos rinde el sueño,
y si el cansancio te fatiga,
sabré dormirte en mi regazo
como si fueras una niña.

Si en las arenas del desierto
sientes la angustia de la asfixia,
yo morderé mis propias venas,
y presentándote la herida
murmuraré:—¡Bebe mi sangre,
si ella tu ardiente sed mitiga!

(Pausa. Se quedan mirán-
dose extasiados.)

AZHUNA

(Loco de felicidad.)

¡Háblame! ¡Encanta mis oídos!
¡Sigue en mi espíritu vertiendo
todas las glorias de la tierra,
todos los éxtasis del cielo!

SOBEYA

¡Por las miserias de la vida
nos perderemos, como un vértigo
de amor, las manos enlazadas,
los labios juntos en un beso,
tejiendo con las realidades
guirnalda para nuestros sueños!
¿Dónde alzaremos nuestra tienda?
¿Bajo qué arbusto, todo lleno
de blancas flores, nuestros cantos
deshojaremos á los vientos?
Habrá una luz de primavera:
brillará el mar como un espejo;
relucirán los minaretes
entre floridos limoneros...

(Mirándole á los ojos.)

Después, veré por tus pupilas
pasar visiones del desierto;
desfilan lentas caravanas
de melancólicos camellos;
y entre el verdor de las palmeras
junto á la cal del pozo nuevo,
brillar — marfiles rechinantes —

los blancos dientes de los negros.
Y cuando mustias nuestras alas
apenas puedan sostenernos,
suspenderemos nuestro nido
bajo el amparo de un alero,
en la casita que blanquea
entre floridos limoneros...

AZHUNA

(En un arranque de esperanza, alucinado.)

¡Y luego, abriendo nuestras alas,
á nuestra patria tornaremos,
ciegas de luces las pupilas,
loco de amor el pensamiento,
á deslumbrar á los mortales
con el alcázar de mis sueños!

SOBEYA

(Loca de amor.)

¡Sígueme hablando, Azhuna mío!
¡Solos y pálidos soñemos
hasta que cieguen nuestros ojos
y hasta que ya no queden besos!

ACTO TERCERO

SOBEYA.

Elegía á las ruinas de Iliberis.

Por donde quiera que la vista extiende
¡sólo contemplo ruinas!
Palacios que en las áridas colinas
se van, al sol, en polvo deshaciendo,
y con sus capiteles mutilados,
sus arcos trunco y columnas rotas
en la llanura gris medio enterrados
resucitan catástrofes remotas,
y evocan bajo el sol de la mañana
las mondas osamentas colosales
de alguna gigantesca caravana
perdida en los desiertos arenales!
Donde antes se elevaban á los vientos
el alcázar, la torre y la mezquita,
de sólidos cimientos
y muros de alabastro y malaquita;
y hubo calles y plazas populosas,
academias y espléndidos bazares,
y jardines de nardos y de rosas,
y huertos de granadas y azahares;

hoy tan sólo se ven escombros, piedras
gastadas, murallones
comidos por la lepra de las hiedras,
lápidas con borrosas inscripciones,
ladrillos que enrojecen
el polvo con sus trágicos destellos;
y rotos acueductos que parecen
gigantes esqueletos de camellos;
torreones sombríos
enseñando las caries de sus mellas
y hasta algún ajimez de ojos vacíos
muriéndose á la luz de las estrellas!
¿Quién medita en los altos alminares?
¿En dónde están las cajas militares,
adufes, añafes y atambores,
cuyos ronclos clamores
hablaban de la gloria y de la guerra,
y á cuyo son, desnudos los aceros,
en sus yeguas volaron los guerreros
á conquistar para el Islam la tierra?
¿Dónde el rumor marino
de la plebe en los zocos congregada
para escuchar la voz del adivino,
y la flauta encantada

con cuyas dulces notas temblorosas
 lentamente adormece el beduino
 á las negras serpientes venenosas?
 ¿Al pie de qué entreabierta celosía,
 da la guzla á la noche su armonía,
 en tanto que los claros surtidores
 comentan en su lengua melodiosa
 que se murió de amores
 un pobre ruiseñor por una rosa?
 ¡Ya de tanto esplendor no queda nada!
 Todo trocóse en polvo lentamente...
 ¡Tal la ciudad fantástica encantada
 de las viejas leyendas del Oriente!
 Hoy, sólo, á veces, en la zarza asoma
 su achatada cabeza la serpiente,
 siguiendo el vuelo de alguna paloma...
 Resplandece el lagarto en los zarzales
 áspero, como una
 viva esmeralda, y en los arenales
 fosforece la plata de la luna

en el ojo cruel de los chacales.
 Nadie viene á llorar sobre sus ruinas...
 Hasta las golondrinas,
 al no encontrar ni el quicio de una puerta
 donde colgar el nido,
 de la ciudad abandonada y muerta
 para siempre han huído!
 ¡Sólo un pastor á visitarte viene!
 En el claro de un arco se detiene,
 y en tanto que sus cabras ramonean
 en el mustio verdor de las marañas
 y los secos mastines olfatean
 los rastros de nocturnas alimañas,
 descolgando la gaita de los hombros,
 se sienta en tus escombros,
 y entona tan doliente melodía
 que una lágrima rueda en cada nota.
 ¡Tan triste es su canción, que se diría
 que llora tu silencio gota á gota!



LOS MALDITOS, LOS DIVINOS...

FUNERALES DE UN POETA

«... Hay allí diez caballos, ocho enormes perros, cinco gatos, un águila, un cuervo, un haleón, cinco pavos reales, una gallina de Guinea, una grulla de Egipto, dos monos, y todas estas bestias, á excepción de los caballos, van y vienen por las habitaciones y por las escaleras con toda libertad. Este es el palacio de Circe...»

Así, de esta manera pintoresca, se expresa Percy B. Shelley en una carta á su mujer. El palacio que él nombra de Circe, no es otro que el Palazzo Sanfranchi, morada en Pisa de su amigo Lord Byron.

Y por si á éste le pareciera poco trasmutar en *menagerie* aquel soberbio edificio, tenían alojamiento completo y cordial dentro de sus muros aventureros de la laya de un Trelawney, conspiradores de todos los puntos del Orbe, poetas como Moore y Shelley y una nube bien densa de parásitos, esos repugnantes seres que sólo conocen los ricos pródigos de su caudal.

Las horas pasaban fugaces en esta abigarrada y absurda sociedad, en la cual Noel Byron y su amante la condesa Guiccioli, reinaban con el fausto y la bizarría de los monarcas feéricos.

Audaces proyectos revolucionarios, contiendas literarias, excursiones hípicas, paseos en bote por el Arno, partidas

de caza y de billar, luchas gimnásticas, tiros al blanco, comilonas de las que salían ebrios los comensales: tal era la vida del cantor de *Childe-Harold* y de sus satélites; vida que, razonablemente, sorprendía irritando á la gente burguesa de la ciudad.

Shelley, que era de temperamento delicado, sufría lo indecible entre esta loca caterva de diablos; así es que, ni su fraternal amor por Byron lograba hacerle sobrellevar tan extravagante existencia.

Con los nervios maltrechos por la vista de todos aquellos hombres, que brutalmente ahitábanse de vino y comida hasta la madrugada, el bondadoso Percy retirábase á su lecho, donde tampoco le era permitido descansar, pues la mayoría de las veces ocurríasele á su insigne y desequilibrado amigo llevarlo, ya á una excursión cinegética con halcones y todo, ya á perpetrar cualquiea otra fantasía por el estilo, ideada de seguro al sorber las heces de la última copa...

* * *

Transcurrieron de este acerbo modo tres meses, al cabo de los cuales el autor de *La reina Mab* tuvo que huir de Byron y sus camaradas—á pesar de que fuera él quien le atrajo á Pisa.

Alejóse sin decir palabra, llevando consigo á su inseparable Williams, por la ribera del lado de la Spezia, instalándose en uno de los más agrestes sitios de la costa.

Y allí, en aquel paradisiaco rincón, sólo frecuentado por pescadores, adonde Percy iba en busca de confortador sosiego, la muerte segó sus días nobilísimos, juntamente con los de Williams.

Ocurrió la tragedia en una tarde de tempestad: Shelley y su compañero, que pescaban en bote, lejos de la orilla, encontráronse sorprendidos por violenta ráfaga de viento, que volcó el esqui de cuál eran tripulantes, y aunque intentaron luchar con las olas, el esfuerzo de ambos resultó, desgraciadamente, vano.

La resaca, horas más tarde, dejaba sus cuerpos en la ribera.

* * *

Lord Byron, á quien enteraron de la desgracia unos naturales del lugar donde acaeció, fué con Trelawney y Leigh Hunt en su *yacht*, para contemplar los restos del que tanto habíale querido.

Ante ellos, los ojos del Primicerio de la poesía romántica, llenáronse de lágrimas.

Dirigiéndose á Trelawney, murmuró: —¡Pobre Percy! ¡Ese viejo pañuelo de seda, que aún lleva anudado al cuello, conserva mejor la forma que su cuerpo, rico de vida hace unas horas! ¡Miserable arcilla la nuestra!

Algo más en calma su espíritu, añadió:

—Quiero que los funerales sean dignos de Percy; que rimén con la superbelleza de su obra magnífica. Bien que el cuerpo del otro repose en vulgar fosa; pero no lo que resta de Shelley, que ha cantado

la grandeza del mar y de la tierra, la inmensidad de los cielos y el inquietante misterio de los astros. Nuestro Percy debe ser disuelto en el GRAN TODO, y por eso he decidido la cremación de su cadáver, la cual ha de verificarse aquí, frente á ese mar, que tan mal le pagó su adoración fanática.

* * *

La ceremonia tuvo lugar á poco.

Junto á la barraca de unos pescadores fué erigida la pira crematoria, y cuando sus leños empezaban á quemarse, Byron y Trelawney colocaron sobre ellos desnudo, el cuerpo de Percy.

Luego, á regular distancia de la hoguera, formaron semicírculo varios pescadores y los dos amigos del Lord.

Todos estaban mudos y cabizbajos.

La intensidad cegadora del sol meridiano hacía mayor la calma de aquel momento solemne.

Un chorlito, atraído seguramente por el olor de la cremación, empezó á revolotear en redor del cadáver, y cegado por el humazo cayó sobre las llamas.

—Poeta—exclamó entonces Byron con gesto elocuente y voz altisonante—; sea grata á tu alma el sacrificio que de su vida hace esa pobre ave. Acéptalo como un homenaje de la Naturaleza.

Momentos después, Shelley y los leños, encima de los cuales ardiera su pobre envoltura carnal, quedaban convertidos en cenizas; cenizas que el gran vate britano dispersó á los cuatro vientos...

* * *

Williams fué enterrado en Pisa al día siguiente.

DORIO DE GADEX

EL TEATRO EN PARÍS

ÓPERA CÓMICA:

Bérénice * * * * *

Los manoseados temas históricos sobre los cuales se halla construido casi en su totalidad el teatro lírico, sigue dando motivo á los autores franceses para la composición de sus nuevas producciones. En todo el rigor de la verdad deficientemente se aviene la grandeza del drama musical á los frívolos asuntos de la vida moderna; debemos convenir en que hemos simplificado demasiado nuestra existencia, para que ahora ofrezca un interés consistente para el arte lírico; más á pe-

sar de ello existen actualmente numerosos asuntos susceptibles de una interpretación musical sin necesidad de recurrir á la historia. Díganlo si no el argumento de la ópera *Resurrección*, el de *La Geisha* y otros tantos que aun no se han acometido, como episodios indios, africanos, turcos y chinos, pues en todos los pueblos que atraviesan actualmente sus movimientos reformistas, puede hallarse los elementos necesarios al poema heroico.

Por lo que respecta á la tragedia musical estrenada en la Ópera Cómica por M. Alberic Magnard, se impone únicamente decir que gira sobre conocidos episodios del emperador Tito y Bérénice, reina de Judea. Conviene añadir que el autor no ha procedido con toda fidelidad al trasladar á la escena dichos personajes, pues sin ir más lejos, atribuye á la protagonista el sacrificio de la cabellera, realizado, según los más fehacientes testimonios, por otra Bérénice egipcia, que hubo de ofrecerla á Venus Afrodita para interesarla el pronto regreso de su esposo.

La obra tiene toda la sencilla rigidez de la



UNA ESCENA DE LA OBRA «BÉRÉNICE»

tragedia clásica, quizás esté demasiado desprovista de acción y de movimiento, pese á las protestas que hace su autor en un manifiesto que precede á la partitura.

M. Magnard ha vencido discretamente las dificultades del drama lírico, en el que el espectador no puede entender de un modo continuo las frases de los intérpretes, no penetrando, por consiguiente, en la intensidad de los conflictos sentimentales.

Aunque dado el argumento de la nueva obra habría quien le censurara haberla dado el nombre de tragedia, el autor se apoya al hacerlo en la opinión de Racine, según el cual no es preciso que en una tragedia haya sangre y muertos; antes, por el contrario, basta que su acción sea grandiosa, que sus personajes sean heroicos, las pasiones excitadas y el conjunto impregnado de cier-



ta tristeza majestuosa.

La música es completamente wagneriana. Las armonías complejas, los temas en que juegan los sonidos naturales, y la expresión vibrante, recta, de las pasiones, constituyen su principal característica. M. Magnard dice modestamente que, careciendo del genio necesario para crear una nueva forma lírica, ha buscado entre las ya existentes lo más en armonía con sus gustos y temperamento.

Respecto á la interpretación, ha dejado algo que desear por parte de Mlle. Mercutio y de M. Smoff, encargados de sus dos principales papeles de Bérénice y Tito. En cambio Mlle. Charbonnell, en el de Lia, y Vicuville, en el de Mucien, merecen todos los aplausos que yo no les he de negar.

La orquesta, muy bien llevada por M. Ruhlmann, ha ejecutado con una maestría absoluta la



ENCIMA:
MLLE. MERCUTIO
EN EL PAPEL
DE
BÉRÉNICE

DEBAJO:
DONCELLAS
ESPARCIENDO
FLORES AL
PASO
DE BÉRÉNICE

difícil partitura de M. Magnard, contribuyendo en la medida que le correspondía al éxito de la obra.

APOLLO * * * *

Les petites étoiles.

Unas jóvenes pensionistas de Roanne van á Lyon en busca del título superior que ha de coronar sus estudios. Pero estas pensionistas están mal guardadas, pues un *irresistible* ha sabido distraer la atención de la directora y de la institutriz alemana que vigilaban á las muchachas. Estas han oído la conversación de dos oficiales y un empresario, y saben por consiguiente que estos señores van á aplaudir y ver de cerca *Las Morrison*, troupe de artistas, que van á debutar en un *Music-Hall*, de Saint Etienne. El bigote de los oficiales, las imágenes turbadoras de entre bastidores y la idea de aventuras que contrasten con la vida de pensión, han trastornado pronto la cabe-

za de las futuras maestras; y he aquí que forman el proyecto de ir á reemplazar á las inglesas destinadas á alegrar los ojos de la guarnición de Saint Etienne.

Como estamos en el dominio fantástico de la opereta, y en ella la timidez no es lo corriente, y las dificultades materiales no logran detener á jóvenes fugadas de la pensión, éstas realizan su proyecto, y en el segundo acto nos encontramos entre bastidores á donde llegan la directora y la institutriz en busca de sus pájaros volados, y tras ella el *irresistible*, que viene á poner en la escena la suprema nota cómica.

Finalmente, se deshace el embrollo, salvándose la virtud. Los oficiales se casan con las muchachas y la directora con el *irresistible*.

La música es movida y alegre, y la interpretación irreprochable, en especial por parte de M. Paul Ardot, sin que esto vaya en demérito de los demás artistas que en ella intervinieron.



UNA DE LAS FALSAS MORRISON

PRESENTACIÓN DE LAS PENSIONISTAS FUGADAS, EN EL TEATRO DE SAINT ETIENNE



GYMNASE * * *Un bon petit diable.

En el «Gimnasio» ha sido estrenada la anunciada comedia *Un bon petit diable*, escrita en colaboración por la esposa y el hijo del gran poeta Edmundo Rostand.

Esta obra, que tanta curiosidad había despertado, es una producción más frívola en las apariencias que en el fondo; escrita para entretener los ocios de los niños, ha obtenido un ruidoso éxito por parte de un público grave.

M a d a m e Rostand y su hijo Mauricio

se han inspirado para la concepción de la *feerie* — como los carteles llaman á la nueva producción —, en la famosa obra del mismo título, original de la condesa de Ségur, que durante mucho tiempo hizo las delicias de los niños franceses. Por lo que á la de ahora respecta, puede asegurarse que es de esas que divierten á los niños y entretienen agradablemente á las personas mayores.

Pero de todas maneras, la obra en cuestión no responde, según mi leal entender, á la curiosidad y al reclamo de que había sido objeto.

Por lo que á la interpretación respecta, merece señalarse especialmen-

te madame Marta Mallot en el papel de una delicada y amorosa ciega. De los demás, ninguno se excedió á su compromiso.

La presentación de la obra es suntuosa y contribuye no poco al buen éxito.

DON QUICHOTTE



M. GALIPAUX EN LA
OBRA «UN BON PETIT
DIABLE», ORIGINAL
DEL HIJO Y LA SEÑO-
:: RA DE ROSTAND ::



EL PRINCIPIO DE LAS VELOCIDADES

En uno de esos modernos
aparatos colosales
que en vez de correr la tierra
surcan veloces el aire,
partieron ha poco días
dos esposos muy amantes
recién unidos por siempre
de Dios ante los altares,
á hacer el viaje de bodas
según costumbre elegante.
Volando hacia Petersburgo
siempre asidos al volante
y manejando el llamado
timón de profundidades,
los esposos se pasaron
sus cinco días mortales,
salvando las cordilleras;
bajando luego á los valles,
viendo pasar por debajo
poblaciones y ciudades,
viendo hormiguar en ellas
sus millares de habitantes,
ya españoles, ya franceses,
ora belgas ó alemanes.
¡Cien kilómetros por hora!
¡Quién diría que aquel viaje
lo hacían dos desposados
para festejar su enlace.
Por fin llegó el aeroplano
á avistar las amplias calles
de la capital de Rusia,
y ante un hotel importante
atterrizó con estruendo
el dominador del aire.
Apeáronse los novios,
mandaron que le guardasen
y subieron á su cuarto
ya provistos de la llave.
Oyéronse aquella noche
unos gritos espantables,
se vió salir al marido

llamar un médico á escape,
y la esposa al otro día
tenía un robusto infante.

La noticia del suceso,
tan temprano como nadie
jamás hubo conocido,
causó sorpresa muy grande
entre todos, y el fondista,
persona recta y amable
entabló el siguiente diálogo
mientras almorzaba el padre:

— Perdóneme usted, señor
— le dijo —, pero es chocante
que cuando sólo hace días
que contrajeron enlace
dé á luz su señora un niño
al finalizar el viaje.

¿Hay alguna explicación?...

— Si la hay — dijo el feliz padre
sin querer manifestar
un pecado quizá grave —
Nuestro aeroplano, mi amigo,
á cien por hora le traje
durante los cinco días
y, por tanto, es razonable
que traiga todo en nosotros
las mismas velocidades.
En recorrer la distancia
de Madrid hasta esta calle
doscientos setenta días
tarda un hombre que á pie marche;
nosotros en cinco días
la salvamos por el aire,
luego cinco en aeroplano
doscientos setenta valen.
Y, ahora bien, amigo mío,
¿Sabe cuantos meses hacen
doscientos setenta días?
¡Pues nueve meses cabales!

PROFESOR WATSON
(DE CAMBRIDGE)

INVOCACIÓN

(SONETO)

Acudid musas, acudid y en coro
prestarne inspiración, prestadme aliento,
aunque mis versos se los lleve el viento
cantarle quiero á la mujer que adoro.

En estrofas que encierren un tesoro
de ternura inefable y sentimiento;
quiero hacerla sentir, como yo siento,
quiero hacerla llorar, como yo lloro.

Quiero decirla, entre otras muchas cosas,
con frases que resuenen armoniosas
como vibrantes cuerdas de mi lira,
que su amor es mi dicha, mi embeleso,
y que sólo la lumbre de su beso
es la gloria sublime que me inspira.

ENRIQUE NIETO DE MOLINA.

CONSULTORIO MÉDICO DE PHAROS

En obsequio á los lectores de nuestra Revista y deseando ofrecerles cuantas ventajas puedan servir para testimoniarles nuestra gratitud, abrimos desde el próximo número una sección destinada á contestar á cuantas consultas de Medicina é Higiene se sirvan dirigir á esta Administración.

El *Doctor Silvio*, tras cuyo pseudónimo se reserva un joven é ilustrado doctor, muy favorablemente conocido en las ciencias médicas, se encargará de contestar á las preguntas de nuestros favorecedores, con todo el acierto y la competencia que tan ventajoso lugar le han conquistado.

Para hacer uso del Consultorio bastará remitir á nombre del *Doctor Silvio* la pregunta, sencilla y claramente enunciada, y firmada con un lema que pueda servir de dirección al reproducir la respuesta de nuestro compañero. A toda consulta debe necesariamente acompañar el cupón que insertamos en las páginas de anuncios, lo cual acreditará al remitente como lector de PHAROS y le dará opción á dicho servicio.

Creemos será de utilidad esta sección, así á los lectores como á las lectoras, si merecemos el honor de tenerlas.